AVENTURAS
DE
UNA PESETA.

POR

DON JOSÉ DE VIU.

SOCIEDAD DE SOCORROS MUTUOS DE CORREOS DE SORIA
BIBLIOTECA

Et quamvis virtute confidas, tamen consilia ne spernas.
TACITO.

MADRID.
IMPRENTA DE SANCHIZ.
1842.

(2.

AVENTURAS

DE

UNA PESETA.

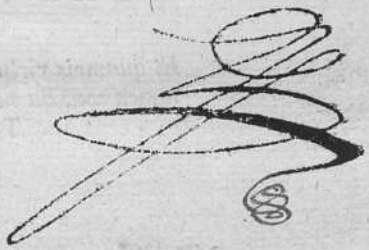
POR

DON JOSÉ DE VIU.

Et quamvis virtute confidas,
tamen consilia nè spernas.
TACITO.

SOCIEDAD DE SOCORROS MÚTUOS
DE
OBREROS
DE
SORIA
BIBLIOTECA
D-1
1943
6206
B.P. de Soria
61116206
D-1 1943

Se denunciará como furtivo todo ejemplar de esta obra que no lleve la siguiente rúbrica.



ADVERTENCIA.

Las Aventuras de una Peseta *hacen juego con las* Medallas Parlantes (a), *como un episodio. Puesta esta moneda á hablar ante el congreso numismático, refiere sin reserva los sucesos que ha presenciado en el interior de la sociedad española, por donde hizo sus correrías desde el reinado de Luis primero. Mucho dice, usando unas veces de rigurosa crítica y comentario, y contentándose otras con modestas revelaciones; mas tambien calla no poco, siendo siempre su único objeto no ofender á nadie, sino educar al hombre en lo posible, ó dar cuando menos á la sociedad saludables avisos.*

El lenguage está acomodado á la clase de moneda que habla: una peseta debe ser en su produccion menos grosera que una pieza de cobre, pero mas franca y sencilla que otra de oro.

(a) Es una de las obras de mi misma creacion, que se anuncian al final de este opúsculo y que en breve saldran á luz. Las MEDALLAS PARLANTES en representacion de sus originales, depuran, como si fuera en un cuerpo deliberante, muchos puntos históricos del mayor interés, hasta resultar grandes verdades muy útiles para el conocimiento del hombre de todos los siglos.

Nota preliminar.

Despues de escrito este opúsculo ha llegado á mi noticia que el estrangero Mr. Savignac escribió la HISTORIA DE UN PESO DURO en un diminuto volumen, traducida al castellano y qué se vende á seis reales. No sé mas porque no la he visto: de consiguiente, aunque la idea sea análoga, tienen que ser muy diversos los pormenores, los lances, el plan y el contesto todo de las AVENTURAS DE UNA PESETA, obra esclusivamente española, como lo son las costumbres que recorre y hasta nuestras circunstancias políticas. Sobre un mismo suceso escribe cada cual á su modo: yo lo he hecho, sin tomar ni un solo renglon prestado de nadie.

Habla una peseta de Luis I de España ante el congreso numismático, y dice asi:

El papel que hago en este lugar es casi insignificante: yo creo que solo figuro aqui porque no sufra interrupcion la serie de los últimos reyes de España. El reinado que represento duró meses; fué un metéoro, y por cierto poco luminoso; de consiguiente no tengo voz en ninguna de las grandes cuestiones que os oigo agitar. En cambio podré hablar de mis ocurrencias particulares, descendiendo á los pormenores del trato comun. ¡Todas las que estamos reunidas habemos pasado por tantas manos, y hemos servido para tantas y tales cosas!.. Paréceme interminable la historia de cada una de nosotras, particularmente de las que contais de 15 siglos para arriba: yo que soy harto moderna, pues no cuento sino 117 años, estoy por decir que un grueso volumen en folio no podria contener la mia. No hablaré de los usos muy distintos á que serví como pasta elaborada antes que me acuñasen, ni de cuándo, en dónde y cómo fuí estraida de las entrañas de la tierra, ni del tiempo que permanecí en ellas, como en

un limbo antes que viera la luz; ni de las veces que fuí fundida, mezclada y alterada para la fabricacion de utensilios domésticos, de iglesia, y otros usos semejantes. Eso seria tan interminable como obscuro, mayormente habiendo sufrido tantas mezclas, tanta confusion. Empezaré desde que salí del troquél, hecha una peseta corriente.

Con el brillo del cuño fuí empaquetada en la misma casa de la moneda ,con otras compañeras, y me llevaron de Segovia á san Ildefonso en donde de órden de Felipe V se estaba hermoseando aquel famoso sitio. Destinada desde luego al pago de uno de los jardineros, al verme éste tan bonita y flamante, me regaló á una hija que tenia: esta me cogió, me dió mil vueltas, me mostró á sus amigas, me envolvió en seis papeles, y al fin me colocó en una arca entre sus diges.

Al poco tiempo me sacó de allí y obsequió conmigo á su querido, el cual recibiéndome como fina prenda de cariño me aplicó á sus labios repetidas veces; pero ¡con qué entusiasmo! con qué calor! Salió soldado á los dos meses; solo yo puedo decir los suspiros que costó á su amada esta desgracia. Por fin, llegada la entrevista de despedida, que fué en casa de una benéfica vecina viuda, fuí el objeto de las caricias de los dos amantes, quienes sobre mi hicieron mil fervientes juramentos de fidelidad, á los que ambos por cierto habian de faltar muy pronto.

Tengo presente que él ofreció traerme cuando volviera del servicio, en prueba de la sinceridad con que le repetia por la centésima vez su palabra de casamiento. Triste y angustiado el recluta, solo yo dulcificaba sus penas; le consolaba en su viage á la corte, y yo tambien á la par le servia de tormento. No habia hora en que no me desenvolviese del manoseado papel en que me guardaba, para recrearse conmigo: asistia con él al egercicio; dormíamos juntos, y por temor de perderme ó de que fuera robada, hubo de coserme en el forro de un escapulario que su piadosa madre le habia dado como un talisman infalible contra brujas y tempestades. Ultimamente fuí unos tres meses inseparable compañera de mi pobre soldado. Al cabo de este tiempo, ya porque se le fuera acabando el dinero que le habian dado á la salida sus padres y parientes, ya porque decayera su afecto ácia la novia, llegó el caso de desprenderse de mí, dejándome en una taberna. Alli me confundió el tabernero con otras monedas mugrientas las mas y asaz cansadas de correr, y su roce causó en mí el efecto que produce en una jóven recatada el trato franco de amigas peligrosas ó mal educadas. Se me pegó pues la suciedad, me deslustré, y ya eramos todas iguales. El amo nos separó á unas cuantas de mi mismo metal, y nos puso en un saco grasiento y puerco como su mostrador. Lindas cosas oiamos desde nuestro rincon. ¡Qué hombres tan valientes, qué ami-

gos tan leales, qué confianzas, qué secretos revelados nos hacia escuchar la influencia del vino! Pues no digo nada de laslo curas y del desenfreno de las bacantes que frecuentaban aquel antro!

A su tiempo nos trasladó el tabernero á unos odres y nos sacó de Madrid para Valdepeñas adonde iba por surtido. A pesar de esta precaucion con que pensaba que iriamos seguras, un fatal encuentro nos trasegó en la segunda jornada á los cintos de unos ladrones, y yo cupe al gefe en la particion. ¿Se creerá que no me disgustaba la vida activa y nómada de tales hombres? Pocos dudan que esta gente no es osada sino con los débiles; el vandolero es cobarde, como pude observar por la inquietud y contínuas zozobras que sufrian los de que hablo, y eso aun cuando cuente con la proteccion con que contaba el mio, pues se conocia que llevaba intelígencias con ciertos pajarracos, ó mas bien dicho con personas muy visibles de los pueblos vecinos, que solian participar sin riesgo del fruto de los azares y fatigas de mi amo. Creí salir de sus manos en una de estas remesas; mas ádonde me llevó fué á las de un cura á quien el bandido habia encargado unas misas, para que Dios le ayudase en sus espediciones. ¿Os parece que los ladrones no rezaban el rosario por las noches, el trisagio en las tormentas, un Padre nuestro y una Ave Maria todas las mañanas para implorar la proteccion del cielo, y sobre to-

do la señal de la cruz cuando se arrojaban al camino? Pues asi era en realidad.

El ama del cura, verdadera ama de la casa, asi que me vió, conoció que era yo aun muy novicia: me limpió y me destinó al escaparatillo de sus joyas. Forzoso me era contemplar desde allí el fervor é hipocresia con que el buen párroco ayudado de su ama, aconsejaba la virtud á la doncella que iba á ecsamen de doctrina para casarse: tambien me llenaba de asombro la venganza que proyectaba contra el alcalde del lugar sino hacia lo que él queria; y cómo en fin procuraba conservar, ya con amenazas, ya con alhagos, su ascendiente sobre un vecindario ignorante. Por de contado conocí que el cura era enredador y chismoso, y que no podia haber ocurrencia alguna popular ni doméstica en que no interviniese de continuo como la gata de la fábula. No invento nada; digo lo que ví y añado que su lengua, en soltándosele, era de víbora. Digo mas: celebraba pocas misas, predicaba menos sermones, y no se molestaba tampoco en la administracion de sacramentos, pues tenia un clérigo alquilado para el servicio de la parroquia. En fin, si dijo ó hizo decir las misas que le encomendó el vandolero á su intencion, no lo sé.

Otras veces presenciaba yo los divertidos coloquios y chistosas contiendas que tenian lugar entre la sirviente y su señor. Solia intervenir, como testigo de escepcion, un ahijado á

quien ambos querian mucho; rapaz mimoso, trefe y lleno de vicios. Cierto dia que le dió por registrarlo todo, se le antojó con rabia poseerme: no hubo apelacion, se dió gusto al niño y pasé á su poder. Por casualidad habian hecho alto en la poblacion en aquellos momentos unos soldados que iban de tránsito, los cuales, en el corto descanso que se les otorgó, vieron como el muchacho me tiraba por el aire imitando el juego de las chapas. Acercáronsele, lo engañaron y me perdió, y por mas que lloró, pateó y se revolcó, desapareció como el humo el soldado de que fuí presa. A los seis dias fuí destinada á concertar y presenciar de harto cerca unos amores improvisados. Mi nueva posesora, mugercilla de esquina, me despachó al instante; compró conmigo á un especiero manchego un par de ligas, y en el acto me ví en su anchuroso bolso entre los perfumes de la canela y de la pimienta, recorriendo calles y divirtiéndome con su sonora gritería. A los dos dias ya estaba yo en poder de un mesonero por cuadruplicado valor de lo que del especiero pudiera haber devengado por el piso de una zahurda con el nombre de posada. Ni calenté el puesto: era el tiempo de pagar al propietario el alquiler del meson, y fuí una de las monedas que llevó para hacer la cuenta. Este era un ricote del lugar que á la sazon tenia bautizo en su casa. Por esta vez cúpome un destino menos noble que el que me concediera el bandido

de marras; no me tocó, pues, hacer parte de los derechos del cura; hube de conformarme con que se me separase para pagar al monaguillo el repiqueteo de las campanas. ¡Qué alegre iba el chico, que apretada me llevaba para entregarme á su madre! Esta me cogió con mucho agrado y me llevó al fondo de una calceta, do yacian empozadas unas cuantas blancas mas. No nos tenia tan retiradas que no pudiéramos oir sus diálogos de chismografía interpolados de credos y salves. Era la casa de esta viuda el punto de reunion de tres beatas y de un par de coscones de 60 años, que se entretenian ejemplarmente en leer el *Flos sanctorum* todos los dias despues de apurar los materiales con que llenaban el diario de las ocurrencias del pueblo. Ninguna se les escapaba: desde aquel sitio sabíamos las interioridades de las familias, los deslices de la moza, las travesuras del mozalvete, las distracciones de la casada, los devaneos de la viuda, las entradas, las salidas, los nocturnos paseos, y en fin, toda la vida privada de los vecinos del pueblo. Un año duró mi prision, de la cual salí no para remediar alguna necesidad de esta viuda, sino porque se le vino á las manos el cambio de un doblon de á ocho, á cuyas monedas tenía mas aficion que á nosotras.

Un viejo artesano me hubo: no pude observar sus costumbres porque me llevó acto continuo al bolson del cobrador de la alcabala, dando á entender con suspiros que se desprendia

de mí con muy poca voluntad. Jamás ví pagar bailando las contribuciones á nadie.

El cobrador me arrastró á un talego muy grande en el cual los monises plebeyos de la calderilla no tenian entrada nunca. Poco tardé en volver á circulacion, pues como es tan vividora esta gente, se vió acosado el alcabalero de los muchos importunos que iban á pedirle por favor se dignase comprarles alguna finca para salir de apuros, aunque fuese por la mitad del valor, y yo entré en el precio de una de ellas.

Un pobre labrador me tomó sin dilacion, me dió á un segador y éste á su muger, la cual, como fuera de aquellas que cuando solteras anhelan casarse para salir de la opresion de sus padres, como ellas dicen, ó sea para divertirse sin trabas, pensando pues mas en galas y bromas que en el cuidado doméstico, me juntó con otras pesetas que habian bajado lo mismo que yo en gotas de sudor por la frente de su condescendiente marido: dió parte de nosotras á un cajero ambulante por la compra de unos díges, y el resto lo reservó para los gastos de una romería. Yo fui de estas últimas. Una infeliz aldeana me tomó por el alquiler de un burro, y á los doce dias serví para pagar los honorarios del entierro de su consorte. Entonces conocí que no debe calificarse á todos de malos porque alguno lo sea, pues esta muger era precisamente el reverso de la medalla de la anterior: de todo hay en el mundo como despues obser-

vé muy detenidamente, aunque lo bueno siempre abunda poco.

En esta ocasion no subsistí mucho tiempo bajo el dominio de este otro cura, el cual era mas ejemplar que el de antaño, si bien tenia bastante aficion á los naipes. Abandonada yo por mi dueño á la suerte en una partida de juego, pasé de mano en mano cien veces entre ocho ó diez aficionados; cual de ellos me escondia en el bolsillo decidido á no aventurar mas dinero por no perder lo ya ganado; cual anunciaba suerte declarada en el juego y de repente se olvidaba del propósito; cual por resarcirse de una pérdida parcial dejaba sobre la mesa todo el dinero que habia traido y ademas se empeñaba y contraia nuevas deudas; cual hacia una sutil trampa para robar á los incautos; en fin, despues de habérsenos cangeado repetidísimas veces á las piezas que estábamos en banca, y de haber sufrido todas las penosas operaciones de un incesante recuento por los jugadores, cuya ocupacion causaba un contínuo sonsonete harto ingrato para los poco afortunados, quedé definitivamente en manos de un pasagero que iba á Sevilla. Este se deshizo de mí luego en un estanco de tabacos, en donde hube de ver aunque de paso cómo se le hacia aumentar de peso al género para que saliera la cuenta al espendedor; y cómo sabia éste interpolar sagazmente de cuando en cuando otros efectos de igual clase que le llegaban por vias reservadas y muy baratos.

Del estanco me llevaron á una administracion de rentas. Si hubiera permanecido mucho tiempo en ella, seguro es que habria podido ver tambien los enjuagues y agiotages de estos disponedores á mansalva de los fondos públicos. Con todo, puedo asegurar que á mi presencia se hicieron algunos. Desde aquellos tiempos no ha ha ido muy en aumento la moral de los empleados, pues entre otros criminales abusos he visto en alguna aduana sellar géneros con el timbre real como si hubieran pagado sus derechos de entrada, por de contado fraudulentamente y á puertas cerradas, mediante el por *cuanto vos* ofrecido ó pactado con los contrabandistas. Pero no anticipemos los sucesos.

De la tesorería tuve la fortuna de ser trasladada á las delicadas manos de una pensionista buena moza, á quien por sus merecimientos personales habia sido concedida una buena renta vitalicia consignada en el ramo mas florido de la recaudacion. Esta era una cortesana, quiero decir, una ninfa recien venida de la córte, bella, de muy buen trato y de todas prendas. En su casa se reunia una escogida porcion de jóvenes: poco á poco se convirtió en una miniatura del templo de Pafos. Necesariamente debia durar poco aquel boato. Con efecto, ya iba en decadencia cuando hubieron de llevarme á una perfumería.

Yo creia hasta entonces que esos depósitos odoríferos fomentados por la molicie, eran el

resultado de esquisitos conocimientos; pero me llevé chasco. Con una corta cantidad de esencias traidas por vías adulteradas del Africa ó de Oriente y mezcladas con aceites, mantecas, ó con agua del pozo, hacia mi perfumista varias combinaciones que luego bautizaba con nombres retumbantes y vendia á precios muy subidos. La esperiencia me ha convencido de que descrito en general el perfumista, quedan tambien bosquejados tantos otros, que no lo son, en todos sentidos.

Un hijo mal criado y calavera que tenia mi amo, y que le robaba para sus vicios cuanto podia, me sacó del cajon del mostrador para ir á depositarme en la casa de una célebre avenidora de agenas voluntades; pero no paré mucho en ella, si bien lo bastante para hacerme cargo de las entradas de muchos sugetos que como mi último poseedor iban á implorar la mediacion de aquella benévola sacerdotisa en santas empresas de amor. Noté lo mucho que sabia encarecer dificultades que no ecsistian, y tambien que su casa era como iglesia en Jueves Santo: unos entraban, otros salian, pero nadie rezaba. ¡Cuántas deidades pasaban á ponerse bajo su amparo, de las cuales las mas iban á furto de personas muy interesadas en su honor! ¡Qué escenas tan francas y animadas inspiraba alli el genio de la disolucion! ¡Vierais á la coqueta de la sociedad convertida en una Laïs! ¡Con qué satisfaccion y desembarazo contaba una hija de

familia la treta de que se habia valido para engañar á sus padres, ó una casada para alucinar á su marido, los cuales las suponian en aquel momento en el templo ó en la casa de la amiga! Vierais madres [¡qué horror!] presentar sus hijas en aquel teatro de prostitucion! Vierais asimismo la sorprendente confianza con que se hablan personas que en su vida se conocieron, y cómo se confunden en esos sitios las clases, las categorías, y últimamente las costumbres á impulsos de un poco de vil metal! ¡Qué poderoso es el dinero! Una de las cosas que mas me irritaban, era ver cual fingen los dos secsos un cariño que no nace del corazon ni de las simpatías, cariño momentáneo como puramente animal. De todos modos, buenos consejos pudiera yo dar al padre, al esposo, ó al confiado amante para que pudieran evitar los funestos resultados de la seduccion, ó los ardides solapados que para ella se emplean, casi siempre sin dar pié en su principio las infelices víctimas.

Pasados dias salí á una inmediata botillería, á que habia dado fomento la concurrencia de la casa de que yo procedia. La dueña de este establecimiento tenia tambien sus propensiones con que habia tenido que conformarse su consorte, á quien ella habia elevado de la nada al manejo de no despreciables intereses. Uno de aquellos frailes que á veces eran los temerones de los conventos, pues ya digo que hay hombres de todas clases, tenia allí entrada franca

y era el *factotum* de la casa. Rabia daba el imperio con que mandaba al marido de mi ama; siempre le hacia estorbo, no le dejaba resollar, y el pobre tenia que contentarse con echar algun requiebrillo en voz baja á las muchachas que llegaban á su tienda ó que iban por la calle. Cuando el padre grave estaba en casa, rara vez dejaba de despojarse de sus hábitos; y cuando salia, no se aquietaba la botillera hasta verlo pasar la puerta de la peligrosa vecina, y aun asi observando los gestos y los movimientos que hacia. Pero ¿á qué diablos viene eso, decia yo á otra peseta compañera, cuando ese hombre se parece á un san Bruno, ó á un austero agonizante, apenas se envaina en su grosero sayal, y toma la direccion de su convento con los ojos en tierra y continente anacoreta?—¡Cómo se conoce, me contestó, que has visto poco todavía, y que ignoras el adagio de que bajo una mala capa hay un buen bebedor, y que los gustos de las mugeres en especial, mas bien son caprichos que sentimientos! Ademas de eso ¿ deja de ser hombre el fraile aunque cubra su cuerpo con lana en vez de seda? Para que veas y te desengañes: los trages que ahora llevan los frailes y las monjas, son los mismísimos que usaban los caballeros y damas del siglo, cuando iban instituyéndose las órdenes monásticas, y con esos mismos trages se hacian las mismas conquistas de amor, que hoy con los que los han substituido por mas vistosos y cómodos.

La misma estrañeza que ahora causaria la presentacion de un pisaverde con peluca empolvada haciendo la corte á una elegante moderna, hubiera causado tambien la vista de esta en un salón de aquellos tiempos. En fin, no hablemos de trages; estos varian, el corazon humano nó. Y á fé que mi compañera tenia razon.

Volviendo al padre, ¡como nos reiamos de su metamórfosis considerando que acababa de gruñir en casa, de un modo brusco y tal vez grosero, para en seguida tomar un aire modesto, dulce y atento! ¡Cuánta hipocresía, deciamos, hay en este pícaro mundo! Los muchachos le besaban el cordon á su tránsito, y tal vez manos devotas le alargaban sendas pesetas á cambio de misas y responsos. Tambien solia venir el mismo fraile de noche á casa, sin duda porque ó se habia dado trazas de hacer una escapada del convento sin ser sentido, ó porque habia hecho que se le llamase para ir á ausiliar á algun moribundo; para todo se encuentran medios.

De cuando en cuando hacia el ama sus regalitos al reverendo: en uno de estos compuesto de un cucuruchito de monedas, un par de docenas de botellas de la tienda, y otras frioleras por este estilo, se me trasladó á la gabeta del dichoso fraile. Su cuarto era frecuentado de tres ó cuatro de ellos, los cuales formaban cierto partido de la comunidad. Allí era en donde encerrados estos ejemplares célibes se daban

mútua cuenta de sus planes y aventuras sin mas testigos que los vasos y las botellas: allí donde sufrian una cruel crítica los mogigatos, como ellos decian, de sus hermanos: allí dó se fraguaban conspiraciones contra el guardian, dó se murmuraba y se hacia una cínica rechifla del mundo y de los conventos.

Supónese que al olorcillo de los licores que la mano generosa de la botillera prodigaba, especialmente por las pascuas y otros dias clásicos, no faltaban devotos que pretendieran plaza tambien; pero no habia lugar: los elegidos eran pocos, y el resentimiento que de aquí resultaba era otro incentivo de la emulacion y de la guerra en que ardia la comunidad. Ya el prelado deseoso de deshacerse de los díscolos resolvió acudir al provincial.

El buen padre temeroso de una traslacion que cuando menos le privaria de la vista de su bienhechora, acudió tambien á aquel superior. Una carta muy sentida, escoltada de dos buenos cartuchos de pesetas con el modesto rótulo *para chocolate*, bastó á conjurar la tormenta que se le preparaba. Lo que luego pasó en el convento me lo contó otra compañera que dejé en él, pues yo como de la comision de regalo pasé á Barcelona. Entré pues en el escritorio del padre provincial sin repugnancia suya.

¡Qué buen bocado era un provincialato! Comodidad, abundancia, lisonjas, autoridad poco menos que sin límites, un sin número de sier-

vos para egecutar sus órdenes, tales eran las espinas con que ansiaban mortificarse los pretendientes al cargo cuando vacaba, con el laudable fin de ganar el cielo. El provincial habia sido en otros tiempos director de un convento de monjas: al influjo de estas, al de ciertas intriguillas y al de algunos pesos de los muchos que tenia ahorrados de cuando fue procurador de la casa, debió la apetecible dignidad que poseía: bien habia sabido este seráfico danzante tocar las teclas que consideró mas á propósito para producir la armonía de la inspiracion que lo elevára: era su habitacion humilde, pero no tanto su repostería, en la cual nada escaseaba de cuanto pudiera proporcionar una vida sibarita. Los guardianes, verdaderos califas en sus claustros, venian á inclinar el cerviguillo ante un poder que temian. El provincial los recibia como un sultan, sin desdeñar por cierto sus tributos; y mientras él engullía un jicaron de á 24 con aderentes mongiles, los bajaes de sola una cola se tenian por dichosos en merecerle alguna pregunta impersonal que les asegurase de su benevolencia, especialmente en el negocio de las cuentas de sus conventos. Entiéndese que la calidad del obsequio era el regulador de los grados de esa benevolencia.

Segun la ninguna necesidad que tenia el muy reverendo de deshacerse de mí, ni de moneda alguna, porque rara vez precisaba comprar nada, hubiera permanecido en su compañia mu-

chos años. Mas hubo de ocurrirle la visita de su provincia, en cuyos rendimientos consistia una gran parte de los provechos del provincialato, y me metió en el talego que conducia un robusto lego su camarero y tesorero, adictísimo al amo y con ribetes de matón. Aun no llegábamos á los conventos, cuando todos sus dignatarios salian á recibir al provincial y se apresuraban á regalarle, obsequiarle y complacerle. Venian á visitarle, ó mas bien á pedirle audiencia algunos frailes que oprimidos tenian que denunciar en visita abusos de autoridad de los superiores, y me daba lástima como solia escucharlos. Qué quiere?—Vaya en paz.—Su caridad es un embustero.—Estas y otras tales eran las jaculatorias con que recibia á los pobres diablos que no tenian de su parte medios de hacerle un obsequio. Llegamos á una ciudad en donde el lego tenia una hermana, la cual como no estuviera muy sobrada, le pidió algun socorro. Tal vez sea este el único fraile que ví en mi larga historia, animado de buenos sentimientos para con los suyos: son pocos ciertamente. Fuí pues una de las pesetas que la regaló, quedando separadas no pocas mas para otra hermana que dejaba en la capital, y que sin ser hija de los mismos padres le cuidaba la ropa y era la depositaria del gato motilon.

Ya me teneis á disposicion de una pobre artesana; pero como su marido fuera uno de los muchos borrachos que hay, que sobre consumir

en la taberna cuanto pueden haber, tientan á menudo el bulto á sus mugeres si los reprenden, apenas olfateó que habia huéspedes en casa no paró hasta atraparnos.

Con eso volví á otro despacho de vinos. Si supieran, como yó, los aficionados lo que les hacen tragar en las tabernas, tal vez aborrecieran la bebida. Valénse de remedios asquerosos y nocivos para que el jugo de la uba tome color y fortaleza; una buena policía debiera pesquisar mucho semejante maldad, siquiera por lo que en ello se interesa la salud pública. Agrégase á esto la poca limpieza de las vasijas, y las porquerías que estoy cansada de ver; no lo estoy menos de observar lo trascendental del esceso de la bebida, uno de los peores vicios que abruman de males á la sociedad.

La tabernera mandaba en gefe: era por supuesto de las de la vida airada, y por supuesto tambien de aquellas instruidas personas, de que tanto abunda la moral España, que creen basta la materialidad de confesarse para quedar perdonadas: de este modo se ven tantos mal llamados penitentes que se levantan de los pies del confesor con apariencias de compuncion, pero con un alma entera y muy dispuesta á reincidir en el acto. Habia adquirido cuando iba á cumplir con ese precepto de la iglesia, que era lo mas una vez cada año (como á tantos otros acontece y nunca de buena gana) la costumbre de ir provista de unas cuantas monedas sueltas

para hacer con ellas la salutacion al padre, y ofrecérselas á trueque de misas antes de revelar sus culpas. Ved, pues, cómo y en qué sitio cambié nuevamente de dueño. Se confesó, oí sus enormes pecados, por cierto que no llevaba intencion de acusarse de que echaba agua en el vino; se lo *sonsacó* el confesor, pero ella le replicó que si alguna vez caia en esa tentacion era porque asi no haria daño el licor á los bebedores. Por último fué absuelta, y á la hora me ví en las manos de una jóven de regulares vigoteras que el eclesiástico tenia de criada, la cual compró conmigo y otras unas galas con que lucirse en la prócsima semana santa.

No se me dejaba parar. El mercader tuvo en el mismo dia una disputa sobre sisadura de medida que acababa de escamotear, y fué demandado judicialmente. Los curiales conocieron que la cuenta era con un hombre de dinero; fuí pues á quedar en las garras de un escribano. En menos de doce horas me ví é hice papel en dos tribunales bien distintos.

En el despacho del escribano ví mucho; como nos queria con estremada aficion fué larga mi permanencia en su bufete y tuve tiempo de informarme de sus habilidades.

Estábamos juntas una regular cantidad de pesetas y duros en un nicho espacioso. En otro inmediato, conocí haber algun contrabando segun se le cerraba; y desde luego presumí que

estaba reservado para la moneda aristocrática; pero me engañé. Mis compañeras me digeron que aquel secreto, contenia unos 50 pliegos de papel de todos sellos y años ya pasados, que guardaba nuestro celoso depositario de la fé pública, con el caritativo objeto de favorecer á los que descuidados querian enmendar yerros, ó á los que con torcidos ó derechos fines venian á suplantar alguna escritura. Decia el escribano que por hacer bien, nunca se pierde nada. El dia en que se proporcionaba un negocio de estos, entraba un refuerzo tan considerable de dinero en nuestro aposento, que nos abrumaba. Ya se vé; el cuidado, la prevision y una buena obra debian tener su premio. Una raspadura, un entrerenglonado, una enmienda, una adicion en el protocolo, ó una sustraccion de documentos públicos, merecian recompensa. Apenas se pasaba una semana, en que no se aumentase nuestro número de tal suerte, que tenia yo que estar en un continuo forcejeo para verme encima de las demas monedas con el fin de satisfacer mejor mi deseo de saber lo que alli pasaba. De cuando en cuando nos visitaba y acariciaba ansioso el escribano, como que formábamos todas sus delicias.

Y no solo se cobraba de su trabajo en dinero: que ademas de los regalos que llovian en su casa, pocas veces imploraba en vano su proteccion una hermosa que tuviera á su hermano, padre, marido ú á otra persona de su cariño ba-

jo la dependencia de mi señor. Oh! no era tan interesado que siempre hubiera de pagarse de su encarecido trabajo con pesetas; él sabia distinguir de personas, de secsos y de calidades: era en fin un escribano maestro.

En ocasiones tambien, despues de un largo regateo, de fingir que se enfadaba y de hacer muchas protestas de no comprometer su acreditada delicadeza, advertiamos que por fin ofrecia el buen écsito de un pleito que corria por su oficio, si en el acto se le daba una módica recompensa, la mitad de su importe por egemplo, ú cosa semejante, pero encargando mucho el sigilo; alguna vez hizo lo mismo tambien con la parte contraria; á todos embocaba el adagio *pleito bueno ó malo, de tu parte el escribano;* y he aqui como comia á dos carrillos. En otras igualmente se le presentaban otra especie de litigantes manifestándole con franqueza, que bien conocian no asistirles mucha razon, pero que tenian interés en que la otra parte *no se saliera con la suya*, y asi era preciso que los sacase airosos. Estos negocios de puntillo eran en los que él mas se mecia. Entonces y siempre ecsageraba las dificultades y el trabajo, y por último aceptaba y ecsigia cantidades ecsorbitantes pretestando la indispensable participacion del juez.

Pero como los bienes del sacristan cantando se vienen y cantando se van, un dia dejó abierta la gabeta, y un escribiente, buen discípulo

del escribano que de ante mano nos acechaba, aprovechándose diestramente del descuido, nos sacó á unas cuantas, de una zarpada, del cautiverio.

El imberbe mozuelo me tuvo poco tiempo en su bolsillo; en el mismo dia me enagenó en una francachela. Ya viajaba otra vez y sin pensarlo me hallé en una pasteleria; tambien aqui tenia mi curiosidad en que entretenerse. El amo allá á sus solas hacia mil fraudulentas mezclas con sus pastas, y prescindiendo ahora de su poco aseo, puedo atestiguar que poseia el tan comun arte de vender gato por liebre. No se como se fian los hombres de cualquiera espendedor de artículos elaborados de consumo: en sabiendo darles apariencia, está todo hecho; mas el tal pastelero no abusó siempre impunemente de sus habilidades. Hubo queja contra él, producida por otro de su oficio que tenia mas doblones, el cual queriendo desacreditarlo con el buen fin de cerrarle el establecimiento y monopolizar la profesion, lo delató; y yo, como parte de una buena multa, pasé á la bolsa del corregidor.

Lo que presencié en casa de este señor, es muy largo de contar, pero abreviaré todo lo posible. Apenas se levantaba por las mañanas se desayunaba muy despacio, y cuando le parecia se metia en su gabinete. Tocaba una campanilla y entraba un alguacil. ¿Que hay de nuevo? preguntaba á este.—Señor, un oficio.—Que es-

pere el oficio.—Que aguarda un propio la respuesta.—Que espere, digo.—Venia un escribano, y se entablaba entre los dos á puerta cerrada un párrafo de chismografia muy salpicado de adulaciones del curial. Al cabo de una buena hora volvia el esbirro á insistir en la respuesta del pliego ó siquiera el recibo de él para descargo del portador. El maldito juez le echaba un bufido diciéndole que estaba ocupado en asuntos reservados é importantísimos. No pocas veces salia del paso devolviendo el sobre escrito y arrojando al suelo la comunicacion sin leerla, especialmente si conocia de quien era. ¡Cuantas inútiles é incómodas antesalas hacia tambien pasar á otros infelices porque ó no le daba la gana de despacharlos pretestando siempre ocupaciones, ó por solo darse tono! Si llegaba un magnate de la ciudad era otra cosa; y mas si venia á interesarse por algun negocio que pendia en el corregimiento, era servido al instante. Su muger, que en todo se metia; los que se decian sus amigos, y no pocas veces los obsequios, vencian imposibles. De cuando en cuando só color de celoso por el buen órden y policia del pueblo, renovaba sus *autos de buen gobierno*, manantial fecundo, rica mina que le producia sendos pesos. Tambien salia de ronda muchas noches: esta molestia le era muy provechosa, pues ya la taberna abierta, ya el juego, ya otros escándalos, como él decia, eran castigados con penas pecuniarias. A una peseta le

será permitido asegurar lo que ha visto: ningun funcionario público ni de ese ni de otro ramo, solicitó jamas destino alguno para sacrificarse por el bien público, sino por hacer esclusivamente su negocio. En el alma sentia el corregidor que la poblacion gozase periodos de quietud: no podia llevar en paciencia el que no hubiera camorras ó escesos que corregir. El dinero que salia de su bolsillo, muy prontamente lo rescataba: yo misma fuí un dia á manos del zapatero de la casa, y á las 24 horas habia regresado á las suyas en una multilla que le impuso por levisima causa.

Uno de los escribanos (y no era de los ya referidos) travieso como todos, egercia sobre este juez algun ascendiente por cuyo medio lograba calzarse las mejores comisiones y asuntos, y participar de ciertos agios como agente necesario; no he visto todavia un escribano torpe para buscarse la vida: engañábale asegurando que era su amigo mas de corazon. Al paso que crecia el favor de que gozaba, advertia yo que iba aflojando la corriente ácia nuestros aposentos; es claro que torcia á otra parte. Poco á poco quedó desacreditado el corregidor, gracias al escribano perverso, y asi perdió dos cosas, dinero y opinion. Quisiera que no cayese en saco roto este egemplo, entre otros muchísimos que pudiera citar, segun he visto despues.

Habiéndosele antojado á la corregidora comprar ciertas monadas, me llevó á una tienda de

comercio. Tambien en las tiendas hay mucho que observar. El comerciante tenia dos cajeros. Era gusto oir las lecciones que les daba á solas. Mirad, les decia, sed muy obsequiosos con todo el mundo; pedid siempre cuatro veces mas de lo que cuestan las cosas, pues hay tiempo para rebajar; y si con efecto rebajais algo, en medio de ponderar el mérito de las mercancias, haced creer á los compradores qne es en obsequio personal suyo; no importa que no los hayais visto nunca; y encargadles no digan lo que les ha costado. Si son damas, las trataréis con finura, y requebradlas si os parece, puesto que esto gusta á todas; la fama de buenos modos, atrae mucho. No olvideis tampoco hacer creer que me estan los géneros en lo mismo en que se les venden, que no se gana un real, y en prueba de ello no os chanceeis cuando lo esteis afirmando, y con toda formalidad les mostrareis el precio que ya tengo yo señalado al frente de cada uno de los artículos con guarismos y cifras que solo nosotros entendemos. Por la inversa, cuando os envie por surtido despreciad lo que comprais, sin tener en cuenta que despues lo habeis de poner en las nubes; comparadlo con lo que se vende en otras partes aseverando que allí os lo dan mejor y mas en conveniencia, y procurad sacar partido de cualquiera leve falta que notareis. En las ventas ecsagerad bien los derechos de aduana, aunque ya sabeis que me amaño con los em-

pleados de rentas; y tambien ponderareis los riesgos que corrió por dó pasó el contrabando, no obstante que os conste que no los hubo; embaucad en fin á todos, pero muy especialmente á los tontos, y á los que conozcais con ganas ó con necesidad de comprar; no olvideis la continua cantinela de que pierdo: sabed que en eso nunca mentis, pues si una pieza de paño me ha costado cien duros, y pienso ganar otros ciento, para mi cuenta pierdo cuarenta y seis sino gano mas que cincuenta y cuatro. Me propongo asimismo sacar de mi lonja dos mil duros al año. Si la concurrencia es regular, obrad conforme á ella y á las instrucciones que os doy; mas si se reduce mucho, sabed que hay que sacar de los pocos compradores ya que no el todo, una buena parte de aquella suma. Contad con que los efectos de mi comercio constituyen acumulativamente un capital, y que este debe rendir sus ganancias como el dinero que presto. Bajo esta inteligencia hay que obligar á la porcion de ese capital que está mas en movimiento, á que esprima otro tanto jugo como deja de dar la que del mismo no tiene despacho ó que está arrinconada.

Por este estilo eran las órdenes y consejos que el comerciante daba á sus cajeros los cuales las cumplian á las mil maravillas. Por de contado, si como he visto, todos los hombres están constituidos en el deplorable caso de haber de equivocarse por no decir engañarse reciproca-

mente para vivir, sobresale entre los comerciantes esa doctrina inmoral, aunque sean de los llamados de buena fé, los cuales tienen que atemperarse á lo que los demas hacen, ó mudar de oficio. De todas maneras esa profesion, cuyo exámen por dentro necesitaba un tomo en folio, es una plaga necesaria.

De la tienda sali para una platería; fuerte cosa que nunca se me sacaba del comercio, del tráfico y del engaño: mi dueño adquiria de lance las primeras materias que nunca pagaba en su justo valor, y despues dándolas nuevas formas con la mezcla del cobre, del estaño y de otros metales, y puliendo bien sus artefactos los vendia á precio de ley, graduando su boca el valor de la hechura; asi calculaba yo que á espensas de semejante probidad, le producia en poco tiempo su capital la moderada ganancia de un cincuenta por ciento. El fiel contraste hombre tambien de agallas, admitia los obsequios de costumbre y hacia la vista gorda ó facilitaba á veces al platero el mismo sello contrastador. Como pocos entienden bien de oro y plata sino el acuñado y aun no todos, eran muy bonitos sus negocios, particularmente cuando hacia creer piedras finas engarzadas lo que no era sino cristal tallado blanco ó de colores. Pues si esto pasaba viniendo alguien á comprar, cuidado con lo que veíamos cuando se le traia realmente una alhaja de mérito á ver si queria tomarla: entonces la despreciaba ofreciendo una

insignificante cantidad por ella. Si lograba adquirirla casi de valde, se estrujaba las manos de contento y en su semblante se leia el gran lucro que le esperaba. En seis solos dias que estuve con el platero ví todo eso y mucho mas. Al séptimo se presentó una mozuela con un cubierto; el platero ahorrando preámbulos sobre la procedencia, le preguntó cuanto pedia por él: por fin, como á la muchacha le habia costado solo el trabajo de robarlo á sus amos, se lo dió por una cuarta parte de su valor. Yo que siempre muy curiosa estaba encima de todas las monedas de mi escaparate, constituí parte del precio convenido, y pasé pues á las órdenes de una criada de servicio: en seguida que esta llegó á la casa de su amo, me escondió con otras en un sitio retirado y oscuro, circunstancia que nos hizo confirmar en la idea del robo ejecutado. Hallámonos alli con otras cuantas pesetas que habian venido á manos de la sirviente por la de un jóven que obsequiaba á la señorita de la casa, en cuyas confianzas estaba ella. ¡Oh! qué cuidado deben tener los padres de familia en no permitir los cuchicheos ni la intimidad de sus hijas con las criadas, venales casi siempre! La casa se hundia con el alboroto del perdido cubierto, y por lo que veíamos no era esa la primera falta. La moza lloraba, juraba y llamaba en su apoyo su reputacion bien asentada; su señorita, puesta de parte de ella, imploraba clemencia y atribuia el hecho á cualquiera

otra casualidad: por último pasó la tormenta, gracias á la poderosa intercesion de la señorita y á la sinceridad que aparentó en sus descargos la criada. Si hubiera yo podido hablar entonces como ahora, el pobre fámulo contra quien injustamente se hacian recaer las sospechas del hurto, no habria sido espulsado de la casa por ladron.

La mozuela hacia el duo á su señorita en amores; quiero decir que tenia tambien su quebradero de cabeza: escusado es advertir que el Adonis de la segunda alimentaba sus pasatiempos á la primera. Mas de dos veces pretestaba la niña la visita de una amiga enferma para salir con la criada á solazarse en donde los padres no soñaban que fuera: en otras ocasiones sabia fingir un dolor de cabeza para quedarse en casa y recibir al amante mientras aquellos paseaban. Cierto dia volvió el padre, pero la criada que estaba de vigía escondió prontamente el contrabando: es en fin muy peligrosa y muy temible una sirviente como aquella. Cuando se juntaba con otras de la misma clase, mal librados salian de su viperina lengua los bienhechores amos y hasta la señorita, cuyas distracciones revelaba sin caridad, como todas las demas interioridades domésticas. Un dia que me llevaba consigo quedé escandalizada. Habia baile, y mientras las señoras hacian monadas en el salon, y las menos ocupadas se entretenian en murmurar de las otras (fueran ó no sus

amigas) una porcion de criadas reunidas en una grande alcoba se divertian en tigeretearlas bien á todas sin conmiseracion alguna. Chica, decia una, ¿ves á la tonta de mi ama? Mira á la muy puerca como se pavonea; pues para poder hacer esos movimientos con propiedad ha tenido que estarla ensayando esta tarde fulana. Y no viene solo por bailar: ¿no ves á ese duende que anda por allí que no la pierde de vista? Tambien he tenido que ir á citarle. Si supierais qué miserable es, y que genio tiene!—Quia...! decia otra, para dar mal de comer á las criadas y genio diabólico la mia; y cuenta con que desde aqui tengo que estar á la mira de si ese otro N. que baila allá, requiebra ó no á la boba de zutana. Pero mas boba es ella: le diré que no; y supuesto que su querido me da mas que ella, aunque vea lo que vea, que corra la bola. Otra en voz baja hablaba asi: ¿á que no sabeis de donde ha sacado la mia el trage que lleva? Pues se lo ha regalado ese que baila con ella.—Por fin, decia otra, suyo ó ageno lleva algo bueno; pero las coquetillas de mis señoritas (reparad bien á esas dos marquesas) no tienen mas que lo puesto. Si supierais cuáles van interiormente.... No tienen habilidad mas que para andar tras de los novios y escribirles billetes, trayéndome como pandero de brujas y rompiendo calzado sin provecho, pues sus queridos están tan bien acomodados como ellas.

No eran solos estos coloquios: descendian

á otras honduras. Una reunion de sirvientes es un concilio infernal; pocos criados hay que no sean enemigos declarados de sus amos.

Otro dia, fué la familia á una boda. La buena alaja de mi dueño tramó con su amante fingir una imposibilidad que la retuviera á cuidar de la casa: los amos otorgaron; pero el hecho era que estaba convenida con su consabido á ver juntos una comedia de figurón, á que esta clase de gentes es muy aficionada. Ella hizo el gasto aquella noche, y yo me quedé en el despacho de los villetes para servir de pago del salario de una cómica. A los veinte dias de estar en su bolsillo, ya me habia yo enterado de las vidas y milagros de los actores de aquel teatro. Oh! el teatro por dentro es el sepulcro de las ilusiones, el desengaño del mundo. Vé el espectador por egemplo, á Júpiter y á toda la corte del Olimpo bajar por entre nubes sobre un carro brillante de oro y de luz. Admíranle aquellas perspectivas facticias: se vé transportado á un Eliseo, y goza ciertamente. Pues ahora si quiere conservar ese magnífico ideal, guárdese bien de analizarlo internándose en la escena, porque se quedará frio como la nieve. Una vestal, una sombra santa, una ninfa aerea, una odalisca bellísima, una púdica bañante, una sorprendente comparsa de gracias con guirnaldas arrojando sacro fuego.... oh! que asombroso!... Mas ecsaminad de cerca estos objetos seductores. La odalisca es una calcetera pálida y cetri-

na á quien hace la córte un sastre; la Vestal, una jóven escapada de su casa tal vez y embarazada de cuatro meses: por este estilo las demas. Vé el público un verdugo sobre las tablas que vá á degollar á otra Juana Gray; pues sabed que la víctima es su querida, y que mientras tantos pañuelos enjugan lágrimas entre el auditorio, ambos tienen el corazon muy sereno, y en voz baja, interpolando un diálogo, le dice él.—Matilde, tu haces señas á alguno de las lunetas. —Oh! no, responde ella de prisa.—Yo te digo que sí.—Pues yo te digo que no.—Y sin advertirlo el concurrente al espectáculo, sigue una farsa que no estaba en el anuncio.

La lira de Apolo es un pedazo de madera dorada: el anciano pontífice un calavera de 24 años, cuya cabeza ha forrado con una peluca, y el rostro con una barba luenga de crines blancos que pertenecieron á la cola de un caballo: las frescas carnes de las ninfas, una especie de sobrepiel muy ajustada de tela, color vivo con sus correspondientes relieves, ó con suaves é imperceptibles almoadillas dó deben figurar: la bailarina, ligera como el céfiro, una coquetilla roma y desvergonzada; asi son generalmente. Si señor; y no solo eso: los coloquios mas innobles é indecentes se oyen entre ellos sin miramientos de ningun género. Riñen, se disparan dicterios, y en seguida salen al escenario á representar papeles que guardan poca consonancia con el eco que aun dura de sus voces. ¿Veis una

reina con corte, diadema, boato, y riquezas? En entrando en su cuarto de vestir la oireis quejarse de su propietario que la persigue por el alquiler de la casa, sin valer veinte reales siquiera todos los postizos adornos de su persona. Vuelve á salir, y la oireis hablar pomposamente del honor y del menosprecio de las riquezas, mientras que el apuntador con su ojo multiplice é inquieto lo repara todo, y dice á una muchacha que hace de camarera. Mira que te vee las ligas. Responde ella reprimiéndose como una ventrilocua: «calla tuno, con mas gusto se las miras á fulana.»

Una silfida hermosa, cubierta de piedras falsas pero muy finas á la luz artificial, descolorida naturalmente si bien en aquel instante muy enjalbegada de carmin, con una llama fosfórica en la frente á manera de lámpara, atraviesa las nubes con la varita en la mano precedida de un ruido como de tormenta imitado por medio de una burda tela agitada; y el espectador se está con tanta boca abierta cuando ella dice: «jóvenes amantes, sed felices; yo velo sobre vosotros, pero no olvideis ser virtuosos.» ¿Quien creereis que la dá movimiento en su viage aereo? Su propio marido, mozo del teatro, que hace rodar un carro que presenta en la parte anterior el cielo, el fuego, y las nubes en grosera pintura. Alguna vez este mismo marido con vista de halcón sobre los movimientos y gestos de su muger, se permite con ella durante esa faena las espre-

siones mas brutales, porque uno de los directores la dá de ojo, ó la designó un papel en que pueda lucir su talle ó sus contornos, disfrutando asi de la facilidad de contemplarla á su satisfaccion á espensas de su mismo esposo. Esto, sin embargo, nò es tan frecuente, pues á cada momento tienen la proporcion de verse medio desnudos no solamente dentro de sus vestuarios, sino en las encrucijadas de los pasadizos interiores.

Vénse tambien amantes positivos que representan con naturalidad papeles amorosos: entonces hacen su propio negocio á costa del paciente público: el suplemento podrá desempeñarse entre bastidores; pero en mas de una ocasion los celos de otros interesados que se hicieron cargo de todos los movimientos de los ojos que tan fielmente vierten los sentimientos del alma, vienen á convertir aquello en un campo de Agramante. Pues y ¿no es divertido igualmente el ver á dos que si se quisieron se detestan ya, hacer como que se adoran? Vedlos llorar é interiormente estar muy alegres; ó reir, y realmente hallarse capaces de matarse. Uno que en el drama se suicidó, se encuentra al minuto bebiendo un vaso de agua muy tranquilo en un camarotillo, ó en el café del teatro echando una partida de juego á que estaba citado: cinismo é impudencia profésase comunmente en donde la moral debe ausiliar al arte sublime que materializa la aversion al vicio y el amor á la

virtud: digo comunmente porque en mi teatro habia una ó dos solas escepciones.

Mas aun: ¿habeis admirado en las tablas á una gran duquesa por su hermosura, por sus gracias, y por su buen tono? Seguidla cuando se retire, y vereis que toma una calle miserable, sube á una boardilla y deposita el pañuelo en que lleva sus trapos de teatro, sobre una silla coja; enciende la lumbre, y engulle mano á mano con el gato una cena cenobítica. Otras son mas afortunadas: despues de los grotescos debates de los bastidores, suben en un coche que las espera, y las conduce á agenas casas: pulverizan alli celos con astucia, celos que tuvieron origen en las pérfidas lunetas, y disfrutan hasta el dia unos placeres que no suelen gustarles sino compartidos á veces. Contaminadas unas con otras, son muy pocas las que prefieren un género de vida que las preserve de los tempranos achaques que trae consigo una juventud agitada: esplotan bien la mina de sus gracias, las que las tienen, en el breve tiempo que duran, y no se cuidan del inecsorable porvenir. Asi se marchitan y envegecen pronto, y vienen por último á servir de estorbo en los pasadizos.

Tocad tambien con la mano el juego de aquellas garruchas, aquellos escotillones, aquellos bosquecitos de rosales pintados, que forman la aurora iluminados por media docena de candilejas; aquellos pellejos tirantes para figurar los cañonazos, y en fin aquel conjunto sucio de chi-

quillos, de aceite, y de polvo; aquel verdadero teatro de una incesante y grosera camorra. Ved allí á la actriz (angelical en las tablas) echar con avidez al estómago un vaso de ponch á cada escena. Oh! sus conquistados del patio no ven que adentro hay quien la entretenga tambien. Algo mas vale huir de la inmoralidad y desaseo que reinan en aquellos parages, muy misteriosos y mágicos para los que se dejan arrebatar de una imaginacion estraviada, que el seguir un arte ficticio en esos gabinetes de engañosos placeres, en los cuales no se vé de cerca sino afeites y pinturas para parecer bien á la poderosa ayuda de luces cómplices; modales comunes y caricaturas pálidas y feas.

Concluiré con el siguiente lance que sucedió con mi ama. Entre otros entusiastas de sus aparentes gracias vióla una noche cierto jóven forastero, representando, y concibió la pasion mas viva. A los tres dias se presentó en nuestra casa, se declaró sin rodeos ofreciéndola mucho oro y pidiéndola aceptase desde luego un regalo de joyas. Ella que sabia como manejar el caso aparentó ruborizarse; se revistió de un carácter serio, pero dulce, y con bien sentidas razones le hizo ver su equivocacion, pues que todas las riquezas del mundo eran nada, comparadas con su honor. Esto mismo escitó mas la pasion del jóuen, el cual como en muchos dias de infructuosos paseos no consiguiera su intento, si bien la cómica iba admitiendo dádivas, no pudiendo

pues contenerse en su resolucion, trató de usar de la violencia. Ecsigióla desesperado el premio de su constancia; el atrevido se arrojó sobre la presa. La fingida Susana á pesar de toda su resistencia no pudo impedir que el frenético mozo empezará ya á triunfar de sus esfuerzos. Pero ay! ¿Que descubrió sobre aquellos contornos de alabastro que todas las noches robaban las miradas voluptuosas de centenares de espectadores? ¿Que vió sobre aquel pecho, tambien digno de los labios de un rey? Un cancer... ¡Un cancer horrible, que como langosta purulenta hincó su uña sifilítica en él, y se paseaba bajo unas formas que rebosaban esteriormente de brillo y de frescura! El relámpago no es tan veloz, como lo fué el movimiento de sorpresa que hizo el jóven. Aquella mano atrevida, pero descubridora del verdadero motivo de la repugnancia de la cómica, la hizo retirarse trémula y sonrojada: al delirio mas insano del atropellado amante, se sucedió instantaneamente el horror, el desprecio y la maldicion.

Desde el infestado cuarto de la bendita farsante hice un corto viage en su bolso al obrador de su modista. Ocho dias estuve presa en este otro lugar de corrupcion. A uno de los muchos que pasaban por la calle, forastero sin duda, le oí decir: «ola! ¿es este algun serrallo? ¿se venden muchachas en esta tienda?» Esa es precisamente la idea que debe formarse de una tienda de modista, al observar el local adornado de

jóvenes mas ó menos bellas y bien puestas, que están en dos filas haciendo mil monadas y gestos de atraccion á los transeuntes; mucho mas cuando se advierte que la mas linda es la que tiene el privilegio, aunque no á gusto de todas, de estar mas prócsima á los cristales, cual si fuera una muestra. Vivarachas en estremo, á cada puntada que daban habian de dirigir la vista ácia la calle, en donde no dejaba de haber adoradores á quienes designaban horas de cita con convenidas señas, al parecer muy naturales é indiferentes. Algunas veces las oia yo contarse las conquistas que tenian pendientes, siempre con reticencias malignas y con enmascarada modestia: me hizo gracia un dia lo que oí á una de ellas, la cual con aire de mucha satisfaccion recordaba aquel cuento en que una modista llega á ser la favorita de un sultan; que se vé rodeada de guardias, y de odaliscas envidiosas, y que manda en su propio señor: le parecia en fin tocar la cama imperial. Las demas estaban atentas y participaban de la misma ilusion.

Todo el que pisaba la acera habia de ser un querido ó un novio. ¡Cuan distantes iban por cierto de pensar en ellas los mas de los transeuntes aunque las mirasen! Pero no importaba; si eran personas notables, cada una se lo adjudicaba, ó suponia que sus pasos eran por ella: sobre esto solian armarse cuestiones. El viejo que se paraba á requebrarlas, no por viejo era despreciado siendo rico; y si jóven, tanto mejor. La

hora de entrar y salir era la ordinaria para las citas; los pretendientes no faltaban á ellas: entonces cada cual tomaba del brazo á la pareja y la acompañaba hasta su habitacion; y aunque sus padres no les dieran las gracias por la fineza (bien que eran tan modestos que no querian tampoco dejarse ver de ellos por evitarse esos cumplimientos) era material; la buena obra quedaba hecha. Desgraciada de la que no tenia cirineo; porque las demas la aburrian, ignorantes de que las que lo callaban obraban con intencion reservada que no tenian necesidad de publicar.

Cupe pues á una de estas oficialas en pago de su trabajo. Era en cuanto á persona y coqueteria, de lo mas bello y refinado que habia en el obrador: correspondia la taimada á la clase de aquellas jóvenes perdidas que han saltado por cima del pudor y que están en subasta: sirena temible segun observé al segundo dia por el hecho siguiente, el cual podrá precaver á algun incauto del peligro de aventurarse en las cavernas de esas panteras humanas. Un mozo ricote de provincia, por el estilo del prendado de la cómica, habia reparado en la oficiala modista, yendo esta á su taller; su estudiado garbo y su semblante seductor le trastornaron la cabeza. Al momento lo conoció ella, y calculando que podria hacer una buena pesca le echó el anzuelo. Paróse la niña haciendo como que esperaba á alguien, y dió lugar á que se aprocsimase el mo-

zo á hacerle su declaracion. ¡Qué de remilgos puso en juego para acalorarlo! Por fin, despues de un corto diálogo en que procuró sacar los colores al rostro para parecerle mas hermosa, le otorgó la gracia de ser acompañada cuando regresára á su casa. Efectivamente, á la hora precisa de acabar la tarea no faltaron ni el uno ni el otro; pero ella queria antes de todo esplorar el bolsillo de Dieguez, que asi se apellidaba el jóven, y con este objeto le indicó que tendria gusto de ir á la comedia aquella noche. El por supuesto voló á buscar el billete de palco y mandó preparar una espléndida cena: desde luego conoció Celestina (este era su nombre), que se las habia con un sugeto de doblones. Se fué, se atavió graciosamente y tomadas otras disposiciones salió á la hora concertada á la calle, hecha una gran señora. Dieguez la aguardaba en un coche y se dirigieron al teatro. Despues de la representacion fueron á cenar, sin que hasta entonces quisiera ella acceder á un contrato que deberian celebrar sin párroco ni testigos, en una habitacion que ella designó, por supuesto en casa de su particular confianza. Era en efecto una hermosa estancia perfectamente amueblada; todo misterioso y rebosando voluptuosidad. Apenas se instalaron allí, Celestina con modos finamente zalameros le pidió alguna corta suma á manera de arras. Una onza de oro relució súbitamente en la mano de aquella, atreviéndose Dieguez á tomarse una licencia en pre-

mio de su generosidad. En este momento oye un ligero ruido en la suntuosa alcoba y vé mecerse las cortinas de seda; repara bien, mas no descubriendo nada atribuye el ruido á algun suave céfiro. Vuelve pues á su comenzada empresa de acariciar á Celestina, cuyas gracias reflejaba un espejo magnífico iluminado por seis bujías, cuando sonando los cristales de la puerta de la alcoba comienza á recelar que no están solos. Pensativo Dieguez é inquieto, se confirma en sus temores al ver que la mano de Celestina se le escapa de las suyas repentinamente, y ya su imaginacion le representa tumba la que creia cámara nupcial. Quiere retirarse; empieza á ponerlo por obra tomando el sombrero y su baston: Celestina entonces trata de persuadirle que no hay nadie y que aquel rumor será causado por algun animalejo, y en fin le aconseja que se tranquilice y que se esté quieto.

Para conocer bien á esta especie de mugeres y arrancarles la máscara de un tiron, hay que hacerlas pasar de su estado fingido al natural. Bajo el semblante de una Venus complaciente se descubre la rapacidad de una muger sin sentimientos ni pasiones; una harpía insaciable. La tal Celestina, poniéndose en jarras, y deteniéndole el paso le dice, pero mudando de tono: ¿con que pensabas salir mientras que no *nos* dejáras muy pronto el dinero, sortijas, reloj y cuanto traes? No por vida mia; ea, despacha. A estas palabras aterradoras

que acababan de convencer á Dieguez de que cayó en un lazo fatal, y de que el ruido era efecto de los asesinos que le acechaban, tiró del estoque triangular que ocultaba su baston y con semblante fiero amenaza á la infame con traspasarla el pecho en el momento que alguien se mueva, y le intima que alumbrándole con una bugía lo ponga en la puerta de la calle sin demora. A semejante sentencia de un hombre resuelto, que obligado á defenderse haria de Celestina su primera víctima, obedece esta; los cómplices por no comprometerse mas, se mantienen detras del cortinage, y Dieguez logró salir. ¡Jovenes! Hé aquí el verdadero retrato de esa clase de mugeres: ni solos ni acompañados piseis esas funestas casas en que cuando menos cada mueble es un vergonzoso despojo del vicio, y cada aspiracion de mefítico aire un suspiro de arrepentimiento. Tened entendido tambien que no todos escapan como Dieguez.

¿A dónde habia de llevarme Celestina..? A una botica en cambio de cierta medicina mercurial. El farmacéutico tenia un cuantioso patrimonio en su oficina; y no se crea que por valer mucho sus drogas, sino por lo que sabia hacerlas valer. El pozo de su casa era tambien una buena finca que le daba por agua plata derretida. Si el platero de antaño se contentaba con un 50 por ciento de ganancias, el boticario, menos moderado que aquel, avanzaba á un 50 por 1. La mayor parte de sus géneros estaban disipa-

dos; esto no importaba. El costo de la medicina se arreglaba á las facultades del enfermo y al plazo en que esperaba cobrar: su boca era medida. Comunmente omitia en la elaboracion algun artículo caro, menos cuando andaba el quid pro quo, ó lo empleaba en menor dósis que la especificada en las recetas; el por qué cualquiera lo adivina. Solian dos médicos frecuentar mucho la casa, y les oia yo tales cosas que me hicieron entrar en sospechas de que llevaban compañía con mi amo. Empeñado éste en que ellos propinasen mucho, y empeñados los médicos en hacerlo así. De este modo el establecimiento no podia menos de prosperar, y de consiguiente se robustecian con rápido progreso los bolsillos del triunvirato. Téngase entendido que tambien hay boticarios y médicos que no posponen su propia opinion á las utilidades que les puede reportar un criminal abuso de su profesion. Hay de todo en el mundo.

Volviendo á mi amo debo añadir que algunas veces sus dos amigos le reconvenian porque las medicinas desvirtuadas ó mal confeccionadas los desacreditaban á ellos mas que á nadie. Entonces se enmendaba algo, pero como muy pecador, reincidia pronto: la costumbre tiene mucha fuerza.

En esto vino una visita de boticas: ni siquiera quiso mi señor curarse de asear la suya: sabia que la tal visita era de mera fórmula, y que al visitador, cual á mosca importuna, se le osea-

ria con la gratificacion acostumbrada. Así fué: ni siquiera abrió este un bote ni aplicó la nariz al depósito de los géneros; pero si alargó la mano para recibir el *cum quibus*, en el cual iba yo con otras cinco ó seis docenas mas: nos empaquetó y nos envió á uno de sus favorecedores en la corte, con el cual tenia compañía en el negocio de la visita, pactada préviamente como condicion de los eficaces pasos que diera para conseguírsela.

Este último tenia un hijo estudiante á la sazon en Alcalá y fuí á sus manos.

La vida estudiantina es muy divertída; lástima que esta gente sea tan poco amiga de guardar dinero, razon que no pude yo permanecer mucho tiempo en observacion de sus costumbres. Sin embargo tomé alguna tintura de ellas. Son muy alegres los estudiantes; no hay moza que no requiebren con su desenfado ordinario, ni calaverada que no hagan. Nunca entran las penas en ellos. Los padres que dedican hijos á las universidades deben saber que los mandan á bailar, pasear, galantear y andar de músicas y bromas. Los primeros años maldita la cosa que aprenden sino lo dicho; á todo toman gusto menos al estudio: siempre andan reñidos con la cátedra, con los libros y con los maestros. En lo único que adelantan es en el trato de gentes (y no todos) en picardiguelas, en el juego y en la relajacion. El aprovechar se queda para cuando ya cumplieron con la formalidad material de

cursar *tantos* años; pero esos *no todos* tampoco; hasta cierto tiempo no se cae en la cuenta de que se emprendió una carrera. Muchísimo habia que decir asimismo de lo que se enseña, y de su mal método; pero esto vendrá mejor cuando cuente lo que oí mucho despues en casa de un sabio.

El estudiante, pues, que llevaba dos únicos años de aulas, no se afanaba por disputar la cátedra á su maestro. El demonio tienen ellos siempre metido en el cuerpo. Una tarde le ví venir á casa muy alborotado para salir con otros á cierta espedicion de tuna. Sobre doce eran los convenidos; de ellos mas de la mitad tocaban regularmente varios instrumentos músicos, y la indispensable pandereta; pero lo que es bailar, cantar é improvisar, todos lo hacian como unos locos. Antes de salir hubo sus correspondientes ensayos, aprendiendo algunos de prisa disparatadas arengas. Los bien acomodados ó de buenas casas trocaron sus sombreros y trages con otros estudiantes andrajosos, pues la cosa era revestirse del incógnito para ejercer desahogadamente la vida libre y desembarazada, por no decir cínica, de los sopistas. ¿Prevenciones de dinero? Nada de eso; la providencia cuidaria de ellos. Mi dueño sin embargo me tomó con otras tres ó cuatro pesetas.

¡Qué bullicio cuando llegábamos á un pueblo! Al momento estaban ya informados de todas sus notables ocurrencias, de las buenas mo-

zas, de sus amoríos y de cuanto podia dar materia á sus jácaras. Tenian la especial habilidad de hacer creer hermosas á las feas con su desatada labia; lanzaban flores por razones de persuasion, y usaban para los ánimos duros, de la constancia, de la incansabilidad y de una granizada de denuestos rebozados. El medio de cortarlos era darles algo. Mozas habia que huian de ellos como del diablo; otras mas domésticas se le presentaban á drede para oirles un requiebro: ¡ah; cómo gustan á todas los requiebros, y mas si son en público! ¡Cómo se jactaban ellas y repetian, segun Dios les daba á entender, las frases escolásticas, formando despues corro con las mozas fugitivas! ¿Habia alguna boda en el pueblo? Alli nuestros estudiantes. ¿No eran llamados á ninguna parte? No habia necesidad de usar de esa atencion, ni precisaban introductores para meterse en lo mas recóndito de las casas á sacar, cuando menos, ochavos y huevos á cambio de algun latin sueco, ó de las jaculatorias, con que muy frecuentemente dejaban corridas á las personas á que eran dirigidas. Las posadas eran francas: en las ordenanzas estudiantinas nunca se leyó que pagasen peazgo, pontazgo ni otra gabela. Los pasageros perdian el juicio con su zambra; infeliz del que tomaban por su cuenta: en una palabra no hay vida mas bulliciosa que la de los escolares, y escolares en cuadrilla.

Vueltos á Alcalá, me hizo volar el estudiante,

en una apuesta, á cierto convento de monjas, en pago de unos dulces que ellas sabian hacer mejor que los dulceros. A nuestra llegada estaba la tornera gruñendo adentro con otra hermana, pero apenas oyó la campanilla, dió á su voz un tono meloso, y en su correspondiente diapason nos espetó la salutacion acostumbrada del *Deo gratias...*! Dirigió al locutorio á nuestra patrona, esto es, la de mi estudiante, y nos encontramos allí dos frailazos tomando chocolate con dos religiosas. Despacharon pronto á mi ama, y nos quedamos unas monedas entre rejas oyendo el diálogo ó mas bien diálogos entablados entre los cuatro siervos de Dios. Cada resoplido que daban los padres al sorber los jicarones, me parecia una carretilla que pasaba al rápe de nosotras; y cada regüeldo prolongado y sonoro que salia de aqqellos cóncavos estómagos, un terremoto que hacia temblar el convento. Lo mas gracioso fué lo que se decian. Conocíase que hablaban en confianza, pues uno de los repotentes, cuyo coloquio séguí, decia á su respectiva: Ines tú no me quieres.—Ay! mucho! Por san Juan Crisóstomo no sea V. P. tan bobo; siempre me repite lo mismo, y yo muerta por verle.—Maldita reja que me impide pagarte la fineza. Devuélveme la caja.—Ahí la tiene V. P.—Qué mano tan linda la tuya.—No me apriete tanto V. P. que voy á chillar; pues bonito genio tiene la abadesa si nos oyera.—No oye, y si tal fuera, no creas que quisiese reñir

conmigo; ya sabes que soy su confesor. ¿Sabes tambien que no hay palmito como el tuyo en el convento?—Já, já, já, no se chancée V. P.; y vamos ¿para qué me sirve este buen palmito como V. P. dice?—Tienes razon; para tormento tuyo y mio.... Pero por fin, me recreo siquiera en verte: y dime Ines ¿me tienes ya aplanchados los calzoncillos?—Sí, están corrientes; y ¡cómo me acuerdo de V. P. cuando ando con sus cosas...!

Por supuesto que la otra pareja seguia asimismo embebida en conversacion muy animada al otro estremo del locutorio; pero todos en voz baja, porque podia haber moros en la costa. En esto se abre la puerta interior, y era la madre que venia por el importe de los dulces. ¡Qué fea y vieja!—Buenos dias padres; y el padre fulano y el padre zutano, y los demas de la comunidad ¿cómo están? Y diciendo y hablando tomó asiento. Allí vierais impacientados los frailes con esa mosca importuna. No se pusieron las monjas de mejor humor. Vaya, dijo uno de los graves, no tenemos gana de conversacion: ¿á qué viene ella ahora á interrumpir consultas de conciencia? Todos los padres están buenos y ¿qué quiere mas? Váyase la muy indiscreta á donde la llamen. — Pues cuando concluyan VV. PP. (respondió pausadamente) esas confesiones, avisen; que hoy tódavia no sabe la comunidad las novedades del pueblo, pues no ha venido fulana, ni zutana, ni perenzejo que vie-

nen á contárnoslas todos los dias.—Bien; luego haré entender á la abadesa que si permite otra vez esas demasías, oirá lo que no le ha de gustar. Cierre pronto esa puerta. La monja se fué asustada, y como me llevaba en la mano me fué imposible oir ya otra cosa que unas voces cortadas de las hermanitas, por ejemplo estas: ¡haya insolente! la curiosa! la bestia! etc., y se conocia que hablaban falsete; prueba de que acompañarian á las palabras gestos muy monos que hubiera sido divertido el ver.

Ya estoy arriba entre media docena de matronas. Me pareció que aquello olia mal: efectivamente, el tufo mongil hijo del desaseo natural en unas mugeres que apenas tienen estímulo para limpiarse, sino es cuando han de presentarse ante entes muy semejantes á ellas, trastornaba y tenia inficionada la atmósfera. No tardó en reunirse la comunidad, la cual era muy respetable, como que contaba 25 religiosas. De ellas habia ya una mitad muy cascadas, pero no de lengua, y entre las demas se notaban media docena de caras bonitas, marchitas casi todas, acaso de la pena de verse desarrolladas y de conocer que se comprometieron con un voto eterno cuando ignoraban lo que se hacian. Y por ventura, ni aun despues de los 16 años ¿puede ligarse, no digo á una flaca muger sino que ni al hombre mismo, con vínculos indisolubles, siendo asi que cada edad, cada año trae consigo distintas sensaciones, y de consiguiente diversos senti-

mientos, impresiones é ideas? Mas yo, miserable peseta, me metia ahora en un terreno vedado; seguiré refiriendo lo que vi. En seguida pasaron las monjas al coro, gastando allí un tiempo que no sé si diga que pudieran ocupar mejor en sus labores de manos. ¿Sabian ellas lo que cantaban? ¡Qué disparates y barbarismos encajaban en su guirigay, en un idioma que les era desconocido! Muchos eclesiásticos se quedan en ayunas no pocas veces por ignorarlo; cuanto mas unas mugeres que no estudiaron gramática latina ni acaso el castellano.

Allí en fin no vía yo sino unas débiles mugeres las mas desgraciadas del mundo á veces, si les falta resignacion para arrastrar una ecsistencia sin relaciones, que es lo mismo que sin vida. Las monjas estaban divididas en partidos: las habia muy díscolas y ásperas en su trato con todas; la mala crianza y el esceso del amor propio, son dos males que sin dejar de influir en la desgracia del que los padece, trascienden no poco á todos los que le rodean. Asi, mientras que llevaban á los pies del confesor, dos dias á la semana, sus risibles escrúpulos sobre si mirando al altar se dejaron distraer por el ruido que hizo un perro, ó sobre si no entendiendo lo que significa el verbo latino *putare*, se horripilaron con la idea castellana que su sonido les sugirió al tener que pronunciar algun tiempo de su conjugacion en el rezo, y consultaban al confesor si era meritorio el haber suprimi-

do la voz por no manchar sus labios; seguia el jaleo respecto á otros puntos que se omitian, y no se enmendaban en cuanto á sus partidos y murmuraciones. Cuando las oiamos cantar una misa ó sus nocturnos maitines con voz dulce y compungida, casi quedábamos edificadas mis compañeras y yo como los fieles; pero algo de esta ilusion se desvanecia al verlas luego separarse cada una por su lado sin darse apenas el habla y buscándose las amigas á departir sus cuitas, ó á alimentar las disensiones con las demas. Finalmente, en actos de comunidad no podia formarse juicio de ellas; á mas de una oí quejarse de su suerte y verter copiosas lágrimas; pocas estaban plenamente contentas. Y cuidado que tambien he visto en este mismo y otros conventos dignas religiosas; cada una era un pequeño mundo aparte; cada una reunia antecedentes, circunstancias, carácter y razones particulares distintas de las otras; así, pues, debian ser ecsaminadas individual y no colectivamente.

Una de ellas era el objeto de los cuidados de las superioras. Por lo visto fue muchacha enamorada en el siglo, y quiso casarse. Los padres ó tratando de economizar una dote cuantiosa, ó no gustándoles el novio, se aprovecharon de la buena coyuntura de tener en este convento una parienta monja y al obispo de su parte, y la llevaron al cláustro con la mira de que con alhagos, con ecsortaciones, y con el miedo que en-

tre cuatro paredes se le sabria inspirar, saliera de aquel estado. Pero el amor no desaparece tan fácilmente, mucho menos siendo el primero: al contrario, crece y se irrita á medida de la opresion.

Esta pobre niña, nacida acaso para ser una escelente madre de familia, halló al principio un agasajo en el cláustro que rayaba en mimo: poco á poco empezaron á catequizarla dos religiosas que alternativamente la cogieron por su cuenta, de aquellas que despues de haber gastado muchos años en un arrepentimiento infructuoso, quieren persuadir con el egemplo de la quietud del alma (que aun concedida, no es sino una fria y necesaria conformidad), que Dios ha colocado á la criatura humana en el mundo para que solo se ocupe de la oracion; pero ocultando otra mas imperiosa ley, cual es la propagacion de una especie que tiene que durar hasta la consumacion de los siglos, rodeada de necesidades y de afanes; y tambien de goces, no muy conciliable, por cierto, con el cruel encierro. Las dos religiosas con el refuerzo de un hábil confesor, abrumaron de terrores su tierna alma: al cabo de un año consiguieron hacerla pedir el hábito, mostrando la inocente víctima mucha alegria. Pero las ideas combatidas y violentamente apagadas, tarde ó temprano reviven; las de esta jóven desgraciada retoñaron con tal fuerza apenas reflecsionó en el *sin remedio* de la profesion, que no atreviéndose á esplicar su pa-

decer, alteraron su salud y le causaron terribles síncopes y accidentes, calificados desde luego, con satisfaccion de la comunidad, de raptos estáticos. En mi juicio no era ella sola la que allí penaba; estuve por creer que en esta casa se hallaba la mansion infernal en que los gentiles decian que vagaban las sombras de aquellas mugeres que en vida sufrieran grandes emociones de un amor no satisfecho. Otra habia que lloraba é imprecaba, y hasta maldecia (hablando con una amiga de confianza) de su propia familia, por haberla destinado á la eterna prision, quizá por ideas mezquinas de interés. Otra se lamentaba igualmente, tambien víctima, porque no tenia las gracias de una hermana que podia figurar en la sociedad; y todas porque no se les habia permitido conocer al mundo antes de repudiarle. Las viejas, que á su vez habian pasado por estas amarguras, no esperando volver al tiempo de su noviciado para enmendar el yerro, se complacian en que se hiciera con las jóvenes lo que antes se habia ejecutado con ellas: á oirlas y creerlas, cien veces que se hallarán en el caso, abrazáran la vida monástica. El gusto al mando despótico, que tanto complace á las mugeres, y el espíritu regañón, se les aumentaban con los años; hé aquí otro nuevo tormento para las pobres muchachas. Vaya, tienen que ecsaminar muy despacio los moralistas un convento del bello secso; las pasiones de un ser naturalmente tan sensible, se hallan aherrojadas allí de varios modos.

Por lo mismo, las pocas religiosas que habia en aquel cláustro contentas ó resignadas, eran muy acreedoras á las alabanzas, tanto mas cuanto que en el siglo las contínuas distracciones y afanes de una muger aplacan las ideas vivas, mientras que el temible *para siempre* de un convento, la absoluta privacion y la reflecsion misma las escitan y las ecsaltan. Alguna puede haber que conoció poco y que de consiguiente no desee mucho; pero la inecsorable naturaleza tarde ó temprano se insinua.

Enterada de muchas cosas por este estilo fuí conducida á las manos del médico del convento formando parte de su iguala. Este era uno de tantos como hay, que habiendo aprendido cuatro aforismos y tinturádose del principal sistema que está en moda, se destacan por ese mundo á matar impunemente á los enfermos. Jamás, segun inferí, habia practicado ni aun visto hacer la inspeccion anatómica de un cadáver; ni menos enterádose del cuerpo humano en su estructura y en las relaciones que guardan sus partes orgánicas con el sistema vital de que depende su desarrollo. Este vacío tenia que suplirlo con una larga é indigesta fraseología, que aunque no convencia, hacia callar á los que no eran de su profesion.

Me acuerdo de que una vez llevándome en el bolsillo, armó con otro médico venido de apelacion, tal disputa y vocerío á la vista del desdichado paciente, que se hundia la casa: el

uno sostenia que la enfermedad era esclusivamente gástrica, y el otro que cerebral. Al paso que de este modo malgastaban el tiempo los dos discordes esculapios, la familia no podia soportar tanto escándalo, y el enfermo se agravaba. La medicina, aun tratada por sábios, es en verdad una ciencia muy falible, como lo es todo principio que se funda en el dictámen del hombre.

El médico mi dueño solia hacer ensayos con los pobres; á mas de uno sepultaron sus imprudencias: eso tambien dicen que lo hacen á mansalva con los infelices enfermos de los hospitales; pero ¿cómo de otro modo se han de hacer célebres algunos inventores? Si surte buen efecto un medicamento que vá á esperimentarse los hace famosos; y si al contrario, quita la vida y nadie lo sabe: el muerto muerto se queda. Tambien era mácsima de mi dueño encarecer desde luego la enfermedad, calificándola de muy grave: de este modo si moria el paciente, consistia en que el mal era mortal de necesidad, segun él ya habia pronosticado; si sanaba suya era la gloria: en el primer caso nada perdia, y en el segundo ganaba reputacion y pesetas. ¡Ay qué médicos!

Llegado el tiempo de pagar el alquiler de la casa pasé á las órdenes de un usurero, el cual tenia la caritativa costumbre de favorecer á los labradores atrasados y á otros menesterosos, ya prestándoles grano hasta la cosecha, doblada la can-

tidad, ya dinero metálico con el 100 por 100 de ganancia. Cuando el negocio era de entidad y podia temer que algun tribunal ó el inecsorable público se ocupase de él, lo que hacia era duplicar el capital en la letra del contrato embebiendo en él los réditos, y con eso lo aseguraba todo; por ejemplo, le pedian cien duros; los daba, pero sonando doscientos en la obligacion, y quedando realmente esta suma á cargo del deudor. ¡Qué moral tan estupenda!

Vine luego á parar en las manos de un hacendado: este era de aquellos que seguros de que sus rentas les bastan para pasar una vida cómoda, no aprenden ni estudian nada ni trabajan por aumentarlas: son en cierto modo zánganos del estado. Tenia una hija en un colegio de enseñanza de la corte, y á la primera mesada que se ofreció mandar á la directora, me trasladó á este semi-convento.

Quizá es tan arrojado á la calle el dinero que se emplea en la educacion de las jóvenes en un colegio, como el que se disipa en el juego. A los pocos dias de entrar una educanda, insensiblemente empieza á resfriarse en el cariño de su familia; las nuevas costumbres van borrando unos afectos y producen otros que al fin se arraigan en ausencia de los padres. De aqui nace la transformacion de caracter que comunmente se nota en una colegiala. Una sola muchacha traviesa basta para pervertir á ciento; sus juegos son menos inocentes cuando se reu-

nen á sus solas; unas á otras se contaminan con los perjudiciales libros que leen á hurtadillas, y sobre todo con los comentarios que con tanta fruicion hacen de ellos. Asi, su moral nada gana, y su físico, lejos de desarrollarse, se disminuye: es tambien, aun sin eso, demasiadamente funesto el roce mútuo de unos seres sensibles ya en una época en que la naturaleza empieza á revelarles que están destinadas á otras funciones mas formales que su diversion con las muñecas. En ese colegio ví en poco tiempo morirse una hermosa chica por consuncion; el encierro, y sobre todo ciertos hábitos que aunque no sea mas que por imitacion, se adquieren en esos parages, acarrean resultados muy tristes. Por mucho que se ensalce la habilidad de una colegiala en la costura y en algunos otros ramos de enseñanza, tal vez de mero lujo y sin provecho real, hay tambien que confesar que no se le impone en el conocimiento práctico del mundo, ni en el gobierno de una casa.

Los padres que compran á personas estrañas y mercenarias la educacion de sus hijas, faltan á su deber; no hay mejores maestros para ellas que los que les designa la naturaleza.

Mi salida del colegio de educandas fué por medio de una muger de las empleadas en hacer los recados, á quien se pagaba mensualmente su salario. Entre las personas ocupadas en llevar, traer y desempeñar comisiones reservadas, era la que mas crédito tenia. Con su lar-

ga esperiencia se habia hecho muy ducha: si las tales comisiones eran solamente verbales, y conocia que la contestacion podia no agradar, cuidaba mucho de variarla: nunca salia de su boca espresion que disgustar pudiera.

Por la poca confianza, pues, que inspiran los mercenarios corredores, los cuales, sobre adjudicarse para sí ordinariamente la mejor parte, si los negocios lo permiten, rara vez los presentan sino por el lado mas lisongero á los interesados para chuparles adealas; aconsejo mucha cautela en creerlos de plano: no hay duda, á nadie gusta ver una mala cara, que por otra parte nunca produce acciones generosas. De todos modos, *á lo tuyo tú*, como dice el refran, siempre que sea posible.

Hacia asimismo esta muger las compras de la plaza todos los dias, pues no estaba reducida á ser solo el mercurio de la casa, y regularmente se daba trazas de quedarse con una cuarta parte del dinero que se le entregaba, porque nunca le faltaba la ordinaria disculpa de la carestia ú otras, para cohonestar un manejo que sabia ella hacer dificil de averiguar. En fin, me llevó á un despacho de carnes.

Gran moza era la cortadora, como generalmente lo son todas ellas, aunque rayaba ya en los ocho lustros, y mejor la hija que seria de unos diez y ocho años. No era estorbo el ¿qué diran? para dejar de visitarlas muchos sugetos, entre ellos dos adoradores que se bebian los

vientos por la muchacha. Y no se entienda que estos rivales eran de condicion igual ó semejante á la suya, sino de otra muy elevada. Providencial parece el destino de los cortadores, de los cómicos, de los toreros y gentes de este jaez. Cuanto mas humillados se hallan por efecto de las preocupaciones, que tan larga hacen la escala de las categorias, tanto mas honrados se ven por cierto instinto de las clases superiores. Siempre ví que los magnates, sin escluir grandes ni títulos, compadraron con ellos mas á gusto que con sus iguales; manias de los hombres. Una cosa llamó mi atencion, á saber, que en presencia de un objeto hermoso y seductor, ó no hay ya opinion, ó enmudece; y esto consistirá en que la naturaleza es mucho mas poderosa que las costumbres del hombre, y mas justa que las secundarias leyes de la sociedad.

La carnicera y su hija contaban con muchos pesos; y como tambien tenian muchos atractivos, sabian hacerse estimar. La esperimentada madre aconsejaba á la hija que si el diablo la tentaba por sacar partido de sus gracias, solo se decidiese por aquel que mas honra y provecho pudiera traer á la casa, sin hacerse caso de gentecilla ni simples linajudos. Mientras seguian este plan dándose un tono que al paso que las ennoblecia atrayéndose los corazones, desconcertaba la fogosa solicitud de los apasionados, hacian estos la córte á las dos con finura y hasta con respeto: tan cierto es que el decoro propio

obliga al aprecio y circunspeccion agena. El familiarizarse una persona demasiado y particularmente el hacerse de miel una jóven, sea de la clase que fuere, acarrean naturalmente una rebaja notable en la consideracion particular de los que la tratan.

Se jugaba en esta casa el mediator, la malilla y otros juegos carteados. El juego es una piedra de toque: el que regaña, el que hace una trampa ó el que muestra ansia por ganar, sobre revelar una mala educacion se hace odioso y pierde las simpatías de los concurrentes. Al contrario, la calma, el desinterés y la complacencia son prendas muy apreciables, poderosas armas con que se conquistan los ánimos. No pocos consiguieron en el juego lo que no pudieron alcanzar en los bailes y visitas, asi como otros perdieron en él lo ganado en estas: el corazon humano tiene sus teclas que en tocándolas dan su natural sonido; y no es lo mismo disfrazar los sentimientos, que el haber de emitirlos necesariamente como sucede en el juego. Alli lo veia yo: uno de los dos aspirantes menos rico, menos jóven y menos buen mozo que el otro, poseia sobre él estas recomendables cualidades, que tenian decididas en su favor á la niña y á su madre.

Tambien entraba en la casa un oficial de los de la guarnicion que vino á cargar conmigo un dia en el cambio que pidió de una onza de oro, mas por ostentacion que por necesidad. No pu-

diendo lograr la inclinacion de la muchacha, discurria el modo de parecer hombre de pesetas: cuando entraba hacia sus pinitos, se gallardeaba, y en eso de atusarse la cabellera podia dar lecciones á un peluquero afamado. A creerle, era de una casa opulenta que le pasaba cuantiosas asistencias y criados; los condes y marqueses habian de ser primos, cuñados ó amigos íntimos; táctica con que muchos embaucan á los incautos. No desconfié de la ponderada grandeza de este señor hasta que me ví en su aposento y noté lo barato y mal que comia, junto con lo poco aventajado de su ropa. Era jóven de alguna chispa, pero á escepcion de las ordenanzas militares; y de tal cual otra novelita, nada mas leia, verdad es que las visitas, cafés y paseos no le dejaban mucho tiempo vacante. Pocos son los militares que se aprovechan de los inumerables medios de instruccion que lleva consigo la índole de su carrera: de aqui entre otros males la ignorancia de que adolecen esos gefes benditos que salen á gobernar ínsulas en la creencia de que las poblaciones son cuarteles y los paisanos soldados. El oficial era de aquellos que prodigan la engañada palabra de casamiento, divirtiéndose con todas. Lo gracioso es que suelen no callar nada, aumentando por via de broma lo que no pasó. ¡Que agradable les es contarse sus empresas y victorias, aunque sean negativas! Ah! (decia yo para mi); fiaos, fiaos de los militares, de los subalternos especialmente; qué buen

desengaño os espera, y con él quizás el menoscabo de vuestro concepto! Ellos no quieren ni pueden aspirar á otra cosa que á pasarlo alegremente. Vuelvo á decir que no se casarán con vosotras, porque no deben; y si lo hacen, amarga vida os aguarda por esos caminos: en las marchas tendreis que arrostrar frios, aguas, calores, penosas privaciones y tempestades, sin que esté en vuestra mano evitarlas, ni en vuestro arbitrio la designacion de dias y estaciones. Desgraciadas en tiempo de guerra, y mas si teneis familia como es natural. Sereis, en una palabra, siempre dignas de compasion, porque sobre estrañaros de vuestro pais y de vuestras afecciones particulares, y prescindiendo tambien de los chismes en que os ardereis las compañeras en el regimiento, no hareis casa nunca, ni podreis dedicaros á educar á vuestros hijos, ni en fin contar con la holgura de un hogar propio. No olvideis tampoco que no os bendecirán ni los patrones en los alojamientos, ni los bagageros en las marchas. Al ver á una militar, y mas si lleva chiquillos, se inmutan aquellos y cuando menos se las juran al regidor que dió semejante boleta. ¡Qué caricaturas y qué gestos os harán! Oireis que en sus imprecaciones os llaman plagas escusadas, y presenciareis el desagrado con que mirarán á vuestros hijos.

A pesar de todo, como no se piensa en el porvenir y la casaca de tres colores es seductora,

era el oficial querido con ceguedad, y eso que en todo pensaba menos que en cargar para siempre con una muger propia, segun inferia yo de sus monólogos.

Claudicaba por echarla de rico cuando estaba en sociedad; bien al revés de lo que hacia por precision cuando se hallaba solo: aguardó pues á que estuviera al balcon una de sus amadas para dar abundante limosna á cierto andrajoso pobre que aturdia la calle. Cerciorado de que le miraba la novia, me sacó, me hizo relucir de un modo que llamase la atencion y me dió al pordiosero, previniéndole se quitase de allí pronto porque incomodaba al vecindario.

El mendígo le dió las gracias con muchos votos de que todos los santos se apoderasen del bienhechor y lo llevasen en volandas á la gloria. Para mí, que hice el milagro, no hubo otro destino que el sucio seno de un chaleco hecho guiñapos. Una llaga asquerosa que tenia el pobre en la pierna le hacia dar ayes que taladraban los corazones: asi fue pascándome al compás de sus muletas y quejidos hasta llegar á su morada, situada en los confines de los callejones tortuosos de una casa estramuros y abandonada.

Apenas entró, ¡cuál fue mi asombro cuando le ví tirar las muletas y dar brincos de contento! Habia allí dos mugeres con familia de la misma calaña, muy ocupadas en los prepara-

tivos de cena para mayor número de personas que las tres que estaban reunidas. Poco á poco fueron acudiendo otra porcion de pordioseros que formaban una cuadrilla de vagos, sumidos en la crápula y en el cinismo. En aquel sitio, verdadero refugio de pecadores ó mas bien del vicio, todos ellos demostraban salud y una alegre conformidad: las llagas y las apariencias de sus miserias eran un puro fingimiento, pues los tullidos andaban, los cojos corrian, y finalmente hacinados los hombres y las mugeres se abandonaban sin pudor al libertinage mas repugnante. Jugaban, comian y bebian, y gastaban buen humor. Habia tambien entre ellos ciertos doctores que daban lecciones para escitar la compasion de las buenas almas. Tenian igualmente su almanak, mueble preciso para saber el santo y devociones del dia, en cuyo nombre debian reforzarse las plegarias.

Confundidos los secsos en aquella caverna inmunda, no se reparaba tampoco en las edades: todo era comun; y si el hombre es capaz de goces en un lodazal y en el olvido de toda moralidad, me pareció que allí se vía ese espantoso fenómeno. Peor que de irracionales califiqué á aquellos séres degradados, constituidos en una republiquilla *sui generis*, emancipada de las leyes sociales. Entre unas 20 personas que la compondrian, dos terceras partes podrian muy bien ganar su vida con el trabajo. Lamentable era el ejemplo que presenciaban los chi-

quillos y el apego que tomaban á aquella vida desatadamente libre, holgazana y brutal. Pero aun no era lo mas malo esto, ni el que pidieran limosna y no trabajasen; se ideaban tambien planes de robos; siendo muy de admirar, tanto su estrategia en plantearlos, como su sutileza en llevarlos á egecucion. Iban, pues, pasándolo tal cual, tratándose en el comer algo mejor que muchos sugetos acomodados.

Depositada yo en el fondo general á cargo de la mas autorizada hampona de la gavilla, me llevaron á una salchichería.

Aqui me confirmé en lo que ya dige hablando del pastelero. Nadie se persuada que compra lo que se le anuncia, ni estén seguros los consumidores de que comen solo carnes de cerdo ó de baca: he oido que mezclan otras estrañas; cosa que considero muy posible, pues nadie ha de ir á pedir la filiacion al animal que se murió; ni en el estado de las costumbres puede presumirse que este género de industria deje tambien de adulterarse.

Aun estaba yo sobre el mostrador del salchichero, cuando habiéndose presentado un arriero á comprar, me llevó como vuelta en el cambio de un peso duro y me condujo á la posada en que habia parado. La entrada y el piso del zaguan guardaban armonía con su mísera fachada: las que se llamaban habitaciones ó cuartos no eran sino unos nichos pestilentes. El mesonero tenia todas las trazas de un bandido, no

menos en sus modales que en su trage: su consorte, que metia miedo con su cara feróz y avinagrada, revoloteaba con las indecentísimas criadas, por aquellos mal llamados corredores, horrorizando todas al infeliz pasagero.

El hedor de las cuadras y el corral; las emanaciones arrierescas, la algarabía, los encontrones de tanta gente, y por último aquel conjunto insoportable, era un remedo del purgatorio para cualquiera que no estuviese tan acostumbrada á todo como una peseta.

A este tiempo pararon á descansar dos caballeros que iban de camino: el posadero ni siquiera se quitó su zorruna montera para contestar á su cortés salutacion, pues estaba muy entretenido en oir á un arriero conocido el estupendo caso que le habia sucedido con la moza de cierto meson, y se reia á aprieta hijares. Los caballeros que tenian pocas ganas de fiestas, y sí de descansar, le pidieron un cuarto. Si señores, dijo entonces, entren vds. en esa sala de enfrente que reservo siempre para los usías. Ahí tienen vds. una gran cama y todo lo necesario; lo que falte, pedirlo. Bien podian ellos hacerlo de todo, pues todo faltaba. Los malasendereados huéspedes fruncieron las cejas y se armaron de conformidad al ver que el ponderado cuarto se reducia á un camarote denegrido y que no olía á rosas, con dos sillas destrozadas y una mesa manchada de vino por todo mueble; y por complemento un ex-colchon

roto y lamparoso sobre su vetusta tarima. ¿Y qué tenemos que comer? Preguntó uno de ellos á la mesonera. Si ellos traen qué, respondió, se les *gobernará*. Pues señor, esclamó el otro caballero, estamos como unos príncipes. Iban á continuar en sus urgentes preguntas, cuando se armó un vocerío infernal de juramentos y maldiciones entre el argos de la posada y el mozo de paja y cebada, que aturdia á todos. Los caballeros se encogieron de hombros; y tomaron á buen partido dejarse de preguntas y componerse como pudieran.

Para tales casos, tan comunes en esta España, es muy bueno haber aprendido cada uno á hacerse sus principales menesteres por sí mismos, dejando á un lado los melindres; de lo contrario, ademas de las incomodidades de un viage no será escaso el tormento que les aguarda en estas casas detestables. Los pasageros de que hablo no dejarian de estar acostumbrados á todo, pues que habiendo pedido un poco de vinagre para hacerse un gazpacho y presentádoles la mesonera un sarroso y boquiroto tarro que contenia mas moscas que líquido, no repararon en ellas, sino que con mucha cachaza hicieron la decantacion de aquella especie de infusion. El duro suelo fué su cama por no poder reconciliarse con el fatal colchon, ni superar los fundados escrúpulos que les infundia su vista, semejante á la de un mapa groseramente iluminado. Tardaron, pues muy pocas horas en levantarse

y disponerse para seguir su viajata. Llamado el mesonero á hacer la cuenta hubo la escena mas divertida, pues como pidiera cantidad muy enorme, uno de los caballeros perdiendo los estribos se subió á mayores, y sin muchos preámbulos le trató de ladron. Replicó el posadero con mayor altanería; acudió su muger al alboroto, y con voces espantosas y ademanes záfios se puso á gritar: «Vaya unos muñecos de m.... Les parecerá que porque son señores les hemos de servir de valde? ¿Por qué venian si no querian pagar? ¿Estaré yo aqui para que nos manden sin mas ni mas? ¿Me dan la posada regalada? Ahora quiero yo ver la cuenta.... (¡Oh, qué bien dicen que debe contarse siempre con la huéspeda!) ¡Pues si lo digo yo; mi marido es un asno; si se le ha olvidado la mitad! Falta en la cuenta sobre lo puesto y ademas de la paja y cebada que se les ha dado, tanto de atadero, tanto de estaca, tanto de abrevar, tanto de cama, háyanlo querido ó no, tanto de servirles y guisarles, tanto de ruido, tanto...» Aqui no pudieron contenerse los forasteros. ¿Es posible, dijo uno de los caballeros, que hayamos de comprar tan cara la incomodidad? ¿Que lejos de tenerse consideracion con nosotros porque no ocupamos criadas ni cama, ni nos dejaron cerrar os ojos, hayamos de pagar el servicio que nos hicimos nosotros mismos, y ese ruido con que nos espantaban el sueño? Pidan vds. tambien por haberse dignado divertirse con nosotros los

insectos. ¡La cama! Cuando por no tener cerca el miserable colchon tuvimos que acostarnos al otro estremo del cuarto sobre los sucios ladrillos! Voto á brios que voy á dar parte y que he de hacer que cuelguen á estos bandoleros de poblado, que lo merecen algo mas qne muchos de los que acosados quizá de la necesidad salen á los caminos con esposicion de su vida á despojar al viagero: de esos por fin podemos libertarnos; pero de ustedes no, porque con mengua de las leyes y del gobierno son tolerados.... Los demas huéspedes, entre ellos mi dueño no dejaban de alegrarse de que los mesoneros oyeran tan buen sermon y que encontrasen la horma de su zapato; pero no se atrevian á tomar parte en el asunto ni hacer causa comun, por no esponerse á otra camorra de la que sin apelacion alguna tenian que salir muy mal parados; gracias á la incuria ó abandono con que es mirado en España este interesante ramo del servicio público.

Lo que mas sentia yo era quedar en este meson como parte de la cuenta del arriero, pues entre aquella gentuza no me prometia oir ni ver sino robos, maldades, obscenidades y ecsecraciones. Ninguna persona bien educada puede pisar los mesones sin repugnancia y horror. Tal es una de las principales causas de la falta de comunicaciones y de roce que tanto contribuyen á la estrecha union de los pueblos. Un viage, que en otros paises es un divertido paseo, en

España es una agonía: estremece solo la idea de emprenderlo. Malos caminos, largas distancias de una poblacion á otra, riesgo contínuo de ladrones y escasez aun de los artículos mas indispensables para el sustento, testifican esta verdad.

La mesonera me llevó á su cuarto, el cual competia en desaseo con la misma cuadra: afortunadamente á los pocos dias me envió á una panaderia.

Tampoco ví limpieza en la elaboracion del pan: como este no habia de decir nada á los compradores, se cuidaban poco los fabricantes de que el agua fuese de la fuente ó del pozo, clara ó turbia; ni de lavarse ó no los brazos y manos antes de la operacion. El secreto es un amigo muy grato, muy indulgente cuando hay interés en ocultar una maldad: de una peseta, pues, habladora como yo, debe ser enemigo todo el mundo. Pero no importa; tengo de decir la verdad ahora, á despecho de los panaderos.

¿Cómo se compondrán algunos de estos para hacer grandes fortunas en poco tiempo? El mio habia sido un pobre sirviente á quien no le cayó por cierto jamás la lotería: despues era hombre de muchas facultades; cuando la aplicacion al trabajo y la economía enriquecen, aunque paulatinamente, y aun asi no siempre.

Lo que aseguro, porque lo ví, es que el panadero de quien hablo tenia arruinados á unos cuantos labradores de las inmediaciones, á los

cuales lo mismo que hacia el usurero de antaño adelantaba dinero en las épocas de sus grandes apuros (que por lo regular se empalmaban unas con otras) para cobrarse en grano al tiempo de la cosecha con una doble ganancia. De esta suerte las dos ó tres mil fanegas de trigo que consumia anualmente en su fábrica, venian á costarle una mitad de lo que le hubieran importado comprándolas en el mercado. A esto se agregaba la ganancia de fábrica, y á veces la sisa del peso, que si era descubierta, tenia buen cuidado de atribuir á demasiada cochura: otras veces cargaba el tahonero con la culpa de la mala calidad: en todas ocasiones tenia en su mano el medio poderoso de redimir con agasajos las faltas, nunca las sobras. Hé aqui como vivia, sin que nada apenas le aguase la satisfaccion de ver crecer su caudal; á no ser un pleito que seguia, en que uno de sus deudores decaido por causa suya le negaba la cantidad estipulada, prevalido de las leyes promulgadas contra los contratos usurarios.

Su procurador era otro tal; adulador, facilitón, y embustero. Nunca le daba malas esperanzas, haciéndole ver que sus pasos iban á producir mas efecto que cuantas razones de justicia le asistian. Asi lo alucinaba y le iba sacando diariamente el quilo. Hay pocos procuradores celosos y esactos; jamás ví que por muchas desvergüenzas que se digesen recíprocamente en los escritos, se indispusieran realmente; le-

jos de eso acostumbran comer en un mismo plato y comunicarse las respectivas instrucciones de sus principales, muy llanamente, para poder luego encarecerles su esquisita eficacia en inquirir hasta los pensamientos del contrario. Como semejantes comunicaciones suelen disfrazarse con el caracter de revelaciones misteriosas obtenidas á costa de pesetas, el fascinado litigante se deja ordeñar la bolsa y consiente gustoso en la cuenta tales partidas de data. Pudiera todavía decir mucho mas; pero no debo entretenerme demasiado con cada uno de los dueños que he tenido. Ahora voy al abogado que defendia al panadero.

Ya se entiende que el mencionado pleito me llevó á su bufete por conducto del procurador. Era aquel aun novel en el foro; por lo mismo pedante, locuaz y muy superficial. Dábase un tono que empachaba; y aunque no es comun en esta clase de profesores el hablar mal de sus compañeros, como otros, sin embargo, no se manifestaba muy conforme con las doctrinas de los mas antiguos á quienes llamaba rutineros. Aun cuando interiormente no pudiese menos de convenir en sus opiniones, era del caso morderlas y hacer valer la suya. Habia aprendido cuatro definiciones del Vinio, otras cuatro de las leyes de Partida, que recitaba enfáticamente en el mismo lenguage del siglo XIII, y media docena de principios modernos de legislacion. Con este almacen de ciencia, y con ingerir una

gerigonza de voces de moda, que malhadadamente le hacian perder en sus labios la pureza del incomparable idioma patrio, le parecia que lo sabia todo y que se lo llevaba de calle. No paraba ni se detenia en barras, ni habia punto de derecho inaccesible á sus estensos conocimientos; y eso que estuvo en la universidad, de donde verdad es que salió poco mas ó menos como entró. Mas él creia que el título de abogado le daba una ciencia infusa y universal. En la parte práctica, si esceptuamos unos pocos pleitos que vió defender al letrado con quien hizo su pasantia, ninguna instruccion habia recibido. Para que un abogado pueda desempeñar dignamente sus honrosos deberes, necesita radicarse bien en todos los principios de religion, de la moral, y de la ley escrita; masticarlos mucho é imponerse en los sociales, ya separada, ya combinadameute, para saber aplicarlos á su tiempo; conocer á fondo el corazon humano, leer y meditar, no solamente los testos sino los comentarios: proponerse buenos modales oratorios, y ser lógico y retórico sin afectacion, como igualmente castizo en el producirse; conocer mas que en globo la história para la distincion de los tiempos, de la índole de las costumbres y de las leyes; ser bien educado y comedido; tener probidad y hacerse, en fin, con un caudal propio de ideas, sin tener que tomarlas prestadas de agenos discursos, ni de los formularistas.

Mi abogado no era en verdad tan profundo. Parecíale que sabia bastatne con la tintura que habia adquirido, y creia tambien que para los lances árduos era suficiente trasladar algun trozo de literatura legal, viniese ó no al caso, ostentando erudicion. Comunmente lo hacia asi en sus escritos: estendia un ecsordio pomposo que no le costaba otro trabajo que copiarlo, y descendiendo de él á la cuestion, como entonces tuviera que poner de lo suyo, se veia perdido. Ensartaba cuatro cláusulas que carecian de parentesco con el preámbulo, y concluia con otras cuatro sandeces en renglones muy separados, y con el *justicia que imploro del noble oficio, ect.*, y vengan los cuartos. Para los negocios sencillos pronto su modestia le permitia echar mano de su propio caletre, consultando cuando mas á algun autor práctico. Y no eran estos sus únicos defectos, pues tambien adolecia de la maldita maña de hacer confiar en el buen resultado de pleitos desesperados, y de comprometer á las partes á seguirlos con muchos dispendios, aunque pudieran transigirse ventajosamente á tiempo.

Si yo fuera legisladora estableciera fuertes penas contra los abogados ineptos, y tambien contra los que maliciosamente y en su provecho soplan las pasiones en vez de apagarlas. Si encontraramos buena fé en todos ellos, deberia esperarse que pocos pleitos llegáran á su término, puesto que nadie mejor que los patronos podian cortarlos,

de union. Este seria un descanso para los tribunales; un medio eficaz de conciliacion y de orden; un título eminente para la profesion, y un servicio muy particular para el bolsillo y la tranquilidad de los clientes. Pero ya veo que se me replicará: entonces ¿de qué habian de comer los abogados y escribanos? Me callo, pues, y digo con profundo dolor que hay males necesarios. Despues pasé á poder de otro abogado á quien ocurrió el caso siguiente.

Un paisano, que por lo visto no era nada lerdo, se presentó en su despacho y le dijo: vengo á que vd. me desengañe en este negocio: ha de saber vd. que un vecino compró á un hermano mio una huerta, la cual es verdad que se ha regado siempre de una fuente que tengo en otra hacienda contigua; pero en la escritura no hicieron mencion del agua: de consiguiente quiero aprovecharla toda, pues es claro que cuando no les ocurrió clausularla, no la querria el comprador, tal vez porque le acomodase dar otro destino á la huerta; y en su consecuencia deseo saber si se la puedo estorbar.—Hombre de Dios, nó, ese es un punto muy obvio: ¿de que le sirve á su vecino de vd. la huerta sin el agua? ¿Ni que tiene vd. que ver con que haya omitido la servidumbre en el instrumento de venta, cuando se sobreentiende? ¿Dejará de ser un accesorio de lo principal? Para que quede estinguida la obligacion de dar la hacienda de vd. el agua á la otra, necesita vd. avenirse con su poseedor

sea el que quiera, pues que su finca de vd. sirve á la otra, no vd. al vecino: no se trata de personas en este asunto.—Clara era la razon. Entonces el paleto dando á mi hombre una palmada en el hombro, le dijo muy jovial: vd. es mi amigo: no soy yo el que he supuesto, soy el comprador de la huerta, y quien trata de inquietarme segun he traslucido, es otro; yo pensaba oponerme; y ahora que he oido á vd., con mas razon: el agua irá á mi huerta como hasta aqui. —Y ¿para qué me ha venido vd. con esa zorrada? ¿No podia vd. hablar claro?—Señor, no se enfade vd.; la verdad; como dicen que son vds. *tan asi*, queria ver si habria letrados que se atreviesen á azuzar á mi contrincante, y sobre eso me aseguro mas en mi tema. Mire vd. señor; aunque me hubiera vd. contestado lo mismo, no quedaria tan satisfecho como habiéndole contado el caso al revés.—¡Caramba! dije, con el palurdo! Pero de esta desconfianza en las respuestas de nuestros legistas, ellos mismos tienen la culpa.

Poco contento mi nuevo abogado con lo que ganaba en el bufete por mas que estiraba sus conocimientos y sus honorarios, resolvió pretender un cargo de judicatura, que á la par que le diese importancia social le facilitase que comer sin afanarse tanto. Hasta entonces no se habia aun persuadido de que no todos los abogados pueden vivir por su propia cuenta. Entabló pues su gestion, haciendo imprimir una hinchada re-

lacion de méritos que le realzaban no poco, si hubieran sido positivos. ¡Pero que méritos habia de tener quien debia entonces empezar á estudiar! Presentó, pues, el memorial; y como cada dia se le acrecentasen las ganas de llegar á la *meta*, buscó apoyos. Todos le daban buenas palabras; le hacian creer que se interesarian por él. ¡Infeliz! desde que soñó en sus pretensiones pasó de la independencia á la humillacion! Las esperanzas que le hacian concebir, fueron causa de resolverse á cerrar definitivamente el bufete y á echarse á la buena vida consumiendo sus ahorros. Era tan poco amaestrado pretendiente, que calculando por las buenas disposiciones que le ostentaban sus padrinos, el breve plazo de su colocacion, no desperdiciaba medio de divertirse: toros, café, teatro, á todas partes concurria.

Pero poco á poco fue cayendo en la cuenta de que su solicitud llevaba pasos muy lentos: presentóse al ministro recordándole la mediacion del señor don N., la de don Z. etc., y quedó estupefacto cuando oyó de su boca que ni don N. le habia dicho una sola palabra, ni conocia á don Z.; ademas de que la plaza á que aspiraba estaba ya ocupada. Dado á los demonios quedó al oir esta fatal sentencia. Ya no tenia otro camino que seguir, pues le quedaba poquísimo dinero, y entre ese restillo me hallaba yó la peseta: echóse á discurrir el mejor medio de encontrar *por alto* lo que por el camino llano le

era tan difícil conseguir; y aunque no faltó quien le indicára que el dinero lo alcanzaba todo, designándole á este y al otro corredor de empleos, no se consideraba en posicion de desprenderse de las sumas necesarias por la sencilla razon de no tenerlas. En este conflicto vió el cielo abierto cuando otro pretendiente recien agraciado le dijo que saldria del paso, si afianzaba el importe de una anualidad de los productos del destino á la persona que le pusiera la vara en la mano, y se la nombró; añadiendo con un suspiro profundo, que harto de paseos y antesalas habia tenido él que pasar por debajo de estas horcas caudinas. Con semejantes preludios, ¿cuál tenia que ser la administracion de justicia en el juzgado de mi amo? Vivir sobre el pais, que se llama robar, puesto que se le enseñaba este camino.

Cómo y entre quienes se hacia la distribucion de lo estipulado, lo ignoré yó; pero, por lo que pueda aclarar las dudas, tengo presente que sin saber de que modo, me encontré en la casa de una señora elegante, frecuentada mucho por un caballero covachuelista. Sin duda fuí llevada con lo poquillo que á mi amo le restaba, antes de ir á tomar posesion de su judicatura, á cuenta de la cantidad convenida.

La señora de quien hablo, que no puedo decir si era muger propia, prestada ó alquilada, gustaba de la moneda de oro mas que de la de plata. Era muy lujosa, se daba gran tono; y

á juzgar tambien por lo obsequiada que era de jóvenes abogados y aun de graves eclesiásticos, hubiera tenido la tentacion de maliciarme que se la disputaban á la vez cincuenta amantes. Mas nó; tranquilo podia vivir el covachuelista: toda aquella turba de desgraciados era conducida allí por el mismo deseo que llevó á mi último dueño; y aunque solo mediára especulacion á favor de ella, y no fuera el oficial el mayor interesado en la sociedad, es claro que la dama jamas se propasára á admitir votos amorosos que no la indemnizáran del bien que pudiera aventurar: otros votos mas positivos eran los que ella aceptaba.

Sea como quiera, me trasportó la señora con varios duros y pesetas á una casa de comercio. El longista me llevó á la aduana en pago de derechos de géneros: estaba muy acostumbrado á hacer cara con alguna suma, para poder vender eternamente sus renovados artículos, con un mismo despacho. Los comerciantes me entienden. Por lo demas, no hallé diferencia entre este longista y el de antaño; todos son unos.

De la aduana fuí á la tesoreria, y de esta á las manos de un magistrado superior, en una de sus mesadas.

¿Qué diré de este señor? Que habia hecho su carrera del modo que tantos la hacen, y debido al favor sus ascensos, segun inferí de espresiones que le oí, y segun se observa de or-

dinario en un pais donde el verdadero mérito es el mas despreciado entre los títulos con que se aspira á ser algo. Era bruscote, como generalmente son los de su categoria: ya se habian borrado de su memoria las antesalas que habia hecho en otros tiempos, y tenia perdido enteramente aquel caracter dulce, sumiso, modoso, y complaciente con que en la época de sus pretensiones procurára aparecer amable á todo el mundo, en especial á sus protectores. Se gozaba en la mortificacion que hacia sufrir á los sugetos que necesitaban de él á su vez: en el tribunal era inaguantable por lo ridículo, por lo déspota y hasta por lo grosero. *Honores mutant mores.* Los curiales le temblaban; su austeridad, que la obligada adulacion calificaba de integridad ejemplar, no era en aquel hombre sino un vicio, que á los ojos de las personas sensatas degradaba á la misma magistratura. ¡Pobres jueces inferiores si incurrian en un desliz! Los trataba á baqueta; tenia un placer en incomodarlos con multas y apercibimientos, las mas veces sin otro motivo que el ridículo antojo de hacer sentir su superioridad. ¡Pues ay de los que osaban esponer razones contra tan injustos latigazos! Cuanto mas fundadas eran, tanto mas escitaban su irritabilidad: aunque algunos de ellos supieran su obligacion tan bien ó mejor que los señores de que hablo, nunca convencian; pues si se reformaba un auto injusto que indebidamente lastimase, siempre habia de resultar

que se hacia por gracia, por pura misericordia. Me acuerdo de un alcalde mayor que tuvo la entereza de representar muy comedidamente manifestando que el tribunal habia padecido una equivocacion de hecho. Este enorme delito quedó anotado en el libro verde; se le fué buscando el bulto; y apenas incurrió en una levísima falta, descendió sobre el cuitado toda la ira de la deidad ofendida.

No era solo mi amo el que se conducia de esta manera: sus compañeros eran otros tales, muy particularmente los que habian sido magistrados inferiores. Pero no diré si lo mismo los unos que los otros eran accesibles á las influencias del interés y de la amistad, aunque en todas las clases del estado la ley y la razon estan subyugadas á las consideraciones que alhagan al tirano egoismo.

A los letrados los comprimian igualmente, sin permitirles en la oratoria forense una decorosa libertad, cual ecsige de suyo el circunspecto y desahogado ecsámen de los puntos que se ventilan.

Diré lo que pasaba en su casa. Regularmente estaban demas los libros por lo fastidioso de andar consultándolos; ni ocupaba el tiempo en foliar los pleitos, pues era mas que bastante el estracto del relator, ó el del escribano de cámara en su caso, ó su solo capricho. Como llevaba la voz en el *Divan*, todos se adherian á sus fallos, aun cuando conocidamente los dic-

tase la acrimonia de su genio ó de su mal humor.

En casa tenia tertulia aumentada periódica y accidentalmente con la asistencia, no muy espontánea ni afectuosa, de algunos litigantes que le hacian pie en su partida de tresillo, resignados á aguantar sus impertinencias y aun á dejar que les llevase el dinero por no disgustarlo.

Entretanto su señora y dos hijas que tenian, se divertian con otras amigas y mocitos en el salón, ya cantando, ya bailando, ya con juegos de prendas. A propósito; no se han inventado otros mas adecuados que estos últimos para pervertir la juventud. Bien reparaba yo desde mi rincon el ansia con que se pedian juegos de prendas sin duda porque formaban las delicias de la gente del bronce; pero no podia figurarme que fueran un campo tan abierto de la licencia. Los aficionados hacian corro interpolándose los secsos; los que tenian interés en no estar separados procuraban colocarse juntitos: las mismas mamás ordenaban se guardase ese orden simétrico. ¡Bestias por no decir otra cosa! ¿no se acordaban de lo que habian ellas trapicheado con los tales juegos en sus verdes años? ¿se podrán tener por un desaogo inocente estos entretenimientos cuando ellos sugieren, fomentan y precipitan las pasiones mas fuertes de la edad tempestuosa? Capitulaciones de amor, guerras de rabiosos celos, venganzas, incentivos, pi-

ques, revelaciones indiscretas, tal es lo que se debate en aquellos bajo las aparentes formas de una diversion honesta. Las confiadas madres contemplan allá á lo lejos desde el sofá, cómo sus retoños son preferidos, y se les cae la baba. En la entrega de las prendas no hay dilaciones; en el pago de las penas, muchísimas. —*¿Porque está en berlina N?* Yo notaba que el anterior sentenciado iba recogiendo secretamente el voto de todos, y frecuentemente oia en lugar de ese voto alguna declaracion ú otra cosa peor que le interesaba mas que el juego. Salian tambien con este motivo á relucir secretos, personalidades y desvergüenzas bajo la capa del sigilo; pero como se sabia ó sospechaba de donde partian los dardos, era celebrada la broma con algazara por la bulliciosa turba, sin que nadie se resintiese. Luego le venia al agraviado ó al favorecido su turno para vengarse ó para contestar metafórica ó naturalmente ó para aplicar á la presunta persona otra jocosidad mas picante. Pero no todas las penas merecian este nombre: algunas se deseaban como gracias. La de contentar, la de las confianzas, la de decir una finecita al oido, y otras infinitas por este estilo, todos querian cumplirlas; el porqué es claro. Preguntas y respuestas muy interesantes se agitaban á vista, ciencia y paciencia de todos, y ademas los billetitos volaban en las diversas suertes ideadas para facilitar un escamoteo, ó una correspondencia activa de sentimientos. Habia confidentes que trasmitian los deseos,

las declaraciones y toda la farsa de los enamorados de tal suerte, que entonces conocí que los juegos de prendas son muy propios para acelerar y concluir en horas negocios que costarian meses por los trámites ordinarios. Hasta de señas telegráficas se hacia uso; los ojos centelleaban; por unas partes rebosaba la satisfaccion; por otras el despecho. Algunos abusaban demasiado de este ensanche: iba uno á hacer la confianza á su querida, y se permitia tan largo coloquio al oido, que parecia dormido, mientras los demas, considerando que hacian papel desairado ó deseando les llegase pronto su vez, murmuraban entre dientes suponiendo que en la secreta conferencia pasaba algo mas que una sencilla confianza, mácsime si se hablaban muy prócsimos los interlocutores, ó si el macho dirigia con avidez la vista á un terreno vedado de la hembra.

Otras noches se jugaba tambien á la loteria: peor que peor. Tentaciones tuve de aconsejar á mi ama que por Dios atase de pies y manos á los jugadores. Las monedas que andábamos por los bolsillos, demasiado barruntábamos y de muy cerca lo que pasaba por los paises bajos, conociendo todas nosotras que unos juegos son pretesto de otros, y que la encubridora mesa con su tapete era cómplice de desórdenes.

Si alguna vez se alborotaba el cotarro y pedia paseo, como acontecia muchas noches de verano, cada uno se apresuraba á tomar del bra-

zo á su respectiva: alguno se hacia el remolón esperando á N.ª ó á Z.ª cuando aun estaban por decidirse los amoríos ó se habia interpuesto algun entredicho. Comunmente habia tambien entonces desquites, venganzas y celos, ya en el dar, ya en el recibir el brazo. Las venerables madres seguian á lo lejos cerrando la prolongada procesion, acopladas con algunos tertulios novicios á quienes los otros con menos cortedad ni ceremonia endosaban la píldora. Pero no habia cuidado; ellos se indemnizarian con los que vendrian detras otro dia, y quizá á espensas de los que por entonces parecia estar seguros de la tranquila posesion de los favores en que se gozaban. Afirmo que me gustaba aquella zambra mas que la del mesón; zambra que el magistrado miraba con desden, embebido allá en otros negocios de la curia. Diez ó doce enamoramientos, nada menos, se agitaban en la tertulia, sujetos cada dia á graciosas alternativas; ni una noche se pasaba siquiera sin dar de sí algun chistoso lance. Se reñia entre los queridos por cualquiera bicoca, pues el amor es un niño mimoso y muy mal criado; se negaban el habla Paquito y Dolorcitas; habia malos semblantes, se daban celos, se desesperaban, chismeaban por fin y volvian á los cuchicheos. Habia regalos de sortijas, de retratitos, de pelito, de ligas, de florecitas y de otras cosas; mas ¿para qué? para que en los momentos de rompimiento se devolvieran con enfado, y se publicasen las confianzas que

habian mediado, con las correspondientes ecsageraciones y añadiduras, dirigidas á contener á cualquiera que tal vez con honesto fin tratase de un desbanque.

A esto pues se reducia la doctrina y moral que se enseñaba en la casa del adusto sacerdote de Temis, bajo el amparo y proteccion de su buena consorte.

Yo seguia disfrutando de tranquilidad en una grande papelera, sin que nadie se acordase de mí. Mi amo no era rico, pero tampoco necesitaba de otro patrimonio que su destino: á la verdad, no sé como se componia para sostener con su sueldo todo aquel tren: casi que tuve mil veces la tentacion de sospechar que los pleitos y grandes negocios que manejaba, le atraian otras entradas; pues una vez levantó terrible gresca despidiendo con cajas destempladas á un pobre diablo, quien por lo que inferí, le ofrecia un obsequio desproporcionado á la entidad del asunto en que le habia servido. Su muger era mas tratable; tomaba lo que le daban; y hasta las hijas recibian sin ascos ya el trage, ya el abanico, ya el necesé, ya otras frioleras semejantes. Pero no no se juzgue de los demas magistrados por el que acabo de describir. He pasado por las manos de otros muchos, cuyas virtudes honraban su ilustre clase.

Ya por fin, hubo precision de renovar una toga, y quiso mi suerte que se me sacase á rodar de nuevo, empezando mi romeria por la

tienda de un sastre. Yo no sé que se tienen los sastres que todo el mundo los mira mal: aunque alegres y decidores, no oí seguramente en el obrador cosa que me escandalizase. Dicen que tienen las uñas largas, y que sobre robar paño y ser careros, como dice el vulgo, son tambien característicamente trapisondistas. Pero ¿quién no lo es? Ellos no riñen con nadie aunque les digan mil picardias, siendo raro el que no sea bien hablado con puntas de zalamero. Tampoco son escasos de palabras: si el acostumbrarse á no cumplir ninguna es pecado venial para ellos, tambien deberá serlo para todos los demas, puesto que, segun oí á uno que se tenia por filósofo, la esencia de un crimen no consiste en el hecho, ni aun en sus consecuencias, sino en el ánimo con que se ejecuta ó en la manera con que lo aprende y juzga el delincuente. Asi los sastres creyendo gajes suyos todo cuanto puedan cercenar, y que fuera mengua del oficio la esactitud en el cumplimiento de sus promesas sobre el dia aplazado de la conclusion de sus obras, merecen alguna tolerancia; no son dueños de sí para contenerse en esta especie de engaños, ni en ponderar la elegancia de sus cortes y la equidad de las hechuras.

El maestro, llegado el domingo, con cuyo dia estaba soñando desde el principio de la semana antecedente, me condujo á un villar, en donde habia mucha gente valdia; unos jugando y per-

diendo insensiblemente el dinero que habian economizado en los dias anteriores, y otros estaban en observacion de las jugadas, ó al acecho de algun descuido para hacerse á poca costa con pañuelo, reloj ó cosa tal; sin conocer que el que gana únicamente en estos sitios es el amo del establecimiento.

Desde una de las troneras en que se depositaba el dinero que se jugaba, advertí yo al través de las mallas los gestos y semblantes de los mirones, llegando mi ilusion á hacerme creer que todos ellos tomaban en opuestos sentidos la misma parte é interés que los contrincantes en el écsito de las jugadas.

En efecto, ¿de dónde nacerá aquella simpatia con que una persona se interesa por otra desconocida que juega? Por ejemplo: estaban en partida dos aficionados á quienes el espectador no habia visto en la vida; y, sin saber cómo, se sentia decidido por el uno contra el otro. Esto se vé acontecer en todo juego; pero resalta mas en los públicos, por cuanto concurren á ellos amigos, indiferentes y estraños.

Tiene el hombre en su corazon ciertas susceptibilidades que reciben su impulso de resortes tan ocultos y aun mas incomprensibles que él mismo, y que pueden llamarse leyes fuertes, indefinidas é insuperables de la naturaleza, de las cuales emanan esas prevenciones con que se miran con gusto ó con desagrado cosas indiferentes, pero cuya vista material revela ideas de

conformidad ó de discordancia, con que queda encadenado el ánimo. La voluntad en el hombre es el movimiento con que ésta desciende por un plano mas ó menos inclinado y suave; pero siempre hay algo mas poderoso, mas animado que esa misma voluntad á quien impele. Este *algo*, pues, es tan difícil de comprender, como imposible es de esplicar el fundamento de las simpatías y antipatías.

Al hombre que se obstina en la investigacion de esta admirable y oculta causa se le vé confundirse y enredarse: el orgullo le ciega sin echar de ver lo incapaz que es de comprender, ni aun la necesidad de esa variedad de resultados para la armonía del universo. Hasta esa misma locura entra en el sistema general, como parte integrante; mas no se le diga esto; no se le recuerde su miseria..... Los hombres tienen muchas palabras y poquísimas ideas: disputan por que ignoran. Oireis á uno de esos, que parece que lo saben todo, manifestarse muy persuadido de lo mismo que se esfuerza en demostrar; pero penetrad en su pecho y lo vereis envuelto en un laberinto, y quizá espresando con sus labios ó con la pluma lo que no siente ó no entiende su corazon. La naturaleza os presenta su obra; contentaos con estudiar el presunto objeto de ella, y no os mezcleis en el inescrutable arcano, conociendo la insuficiencia de vuestros alcances, y que ademas os impide el Supremo el acceso á su recóndito santuario.

Pero á propósito de las simpatías se objetará que pueden resultar estas de la combinacion y enlace de diversas ideas. Por ejemplo, se ve una mala catadura, y desde luego produce en el alma un efecto desfavorable. Aquí pues obra otra razon secundaria y *ya producida*: la vista traslada á la imaginacion el objeto; esta, que por una parte mira con repugnancia lo que parece malo, y por otra recuerda un principio á que tiene aversion, traslada la displicencia á todo el sistema moral; y lo mismo viceversa cuando se le presenta una fisonomía agradable. La impenetrable ley de las simpatías y antipatías es el movil principal de los actos humanos: un arcano la dirije; un arcano forma la vida del hombre.

Permitámosle que llame á estos afectos (bastante árbitros de su corazon) efectos de convicciones ó de reminiscencias; yo le desafio á que me haga ver si el alma elabora los primeros impulsos de que parten las ideas. No lo hará; confiese pues que descienden á ella de otra parte. Espliqueme por qué una persona se aficiona de otra, á quien nunca ha visto, por solo tener un nombre que le cuadra, cuando este mismo nombre disgusta á otra con trascendencia al sugeto que lo lleva. Espliqueme igualmente porqué Pedro no se apasiona de Francisca hermosa, y sí de Juana que no lo es; y dígame la causa de ese ímpetu que á primera vista obliga á la voluntad á que *quiera*, sin previa cooperacion de ella misma. Manifiésteme en qué consiste que un padre

ama con preferencia á un determinado hijo, acaso el mas travieso é inobediente; y finalmente, el afecto que se pone en una persona menos dócil y menos amable que otra. El pretender poner en claro los misterios de las *relaciones*, vulgarmente conocidas con el nombre de *petaduras*, será lo mismo que pensar en la quimérica demostracion de la causa de esas diferencias de los carácteres, de la de nacer uno aquí y no allá, varon ó hembra, pobre ó rico, en este siglo y no en el otro. El que tanto presuma, ó se evaporará el cerebro sin dar solucion, ó se estrellara en unas puertas de hierro, ó lo que es lo mismo tendrá que confesar su ignorancia, ó tomar descanso, despues de inútiles forcegeos en el ciego é intrincado fatalismo. Pero aun así, queriendo buscar salida, irá á dar en un escollo, pues el destino mismo supone un origen primordialmente director ó fuente de los hechos, de los pensamientos y de esa voluntad que se entiende producida por una alma creadora: nubes densas se interponen entre el que nada puede y el que lo hizo todo: hay que respetarla; á la fuerza. El hombre está soñando toda su vida, sin ser mas que un reptil despreciable, al paso que soberbio en demasia. La razon que lo ennoblece es mas débil que los sentimientos, á los cuales podrá guiar aquella como un faro entre los precipicios, pero nada mas. Concluyamos; la ecsistencia humana con sus indefinidas propensiones y originales caprichos, es un rio de irresistible

corriente, el cual desbordado pudiera causar estragos, si la antorcha de la razon á que me refiero, no fuese capaz de dirigir su marcha hasta desembocar en ese mar Lethal que se lo traga todo. Lo peor es que brille tan poco la luz circundada de la nebulosa atmósfera de las pasiones, las cuales con su superior influencia suelen obscurecerla totalmente, aunque nunca estinguirla. En semejante piélago de contradicciones es en donde voga el hombre á tientas, embarcado en la nada de su principio para arribar pronto á la nada de su fin; es decir, entre dos insondables eternidades, tan poco separadas entre sí, como dos peñascos que forman un estrecho ó como una red que divide dos objetos. Y aun quizá es fortuna suya el no poder penetrar sino solo abordar playas ignoradas. Si le fuera posible formarse una idea de su inmenso horizonte, quedaria aturdido, abismado. Dios solo, solo Dios conoce sus propios designios y su obra; escuchad sus inspiraciones y dejaos de escudriñarlas. Cuando haga de vosotros una nueva edicion; cuando despojados de ese cuerpo de tierra piseis los umbrales de la inmortalidad, entonces sabreis lo que no podeis menos de ignorar ahora.

¿Pero á donde me voy remontando desde un miserable villar? En do quiera se ofrecen motivos de profundas meditaciones: para disiparlas seguiré el hilo de mi historia, algo mas mundana que ellas.

En el villar, pues, me llevó el juego un do-

mingo al bolsillo de otro vicioso artesano. Era un zapatero, el cual desde luego me destinó para la funcion de toros del dia siguiente. Entusiasta por esta diversion, estaba azorado; ni comió con sosiego pensando en el encierro de aquella tarde, que se ejecutó con algazara infernal. Llegó el lunes: ¡qué agitacion, qué rebullir de gentes, qué ruido de coches, de calesas y de caballos para ver un espectáculo brutal, resto del gentilismo y tan impropio de un pueblo culto! No parecia sino que todos se habian vuelto locos de contento; era inesplicable la confusion y vocerio de tantos aficionados como hormigueaban y se agrupaban en el recinto del circo, hecho un variadísimo mosaico de cabezas, de trages, de sombreros, de abanicos, de bastones, de brazos, de mantillas, de pañuelos, de colorines y de mil objetos en contínuo movimiento con que la vista sufria mas que gozaba, por no poder fijarse en el torbellino.

El zapatero estaba como frenético, llevando la voz entre una caterva de calaveras que le hacian coro para aplaudir, silvar y llenar de dicterios á los lidiadores, hiciéranlo bien ó mal. Chistoso, como buen andaluz, tanto habló y tanto gritó, que se puso ronco. Incomodado entonces de que no le servian sus pulmones, se puso á hacer ademanes como un energúmeno en el acceso de su furor: sus brazos se parecian á los de un molino de viento en el huracan. Asi continuó hasta que los toreros despacha-

ron la última res. Llegado este momento y aun algo antes, empezó el anfiteatro á clarearse, tomando los espectadores el camino de su casa; mas ¡qué mohinos y de qué diferente humor que cuando fueron á la corrida! El que menos suspiraba por el trabajo perdido en aquel dia, y por el dinero que se le habia desvanecido en pocas horas. ¡Oh ilusiones! El deseo de un goce las fomenta; llega la posesion, y cayéndose la venda, vé el hombre para su tormento la realidad, el desengaño. *La felicidad consiste en la esperanza*; esto es, en el anelo de lograr: otro tormento sin duda. No hay, pues, felicidad para el hombre.

Bien dicen que despues de fiesta nunca buen dia. El martes debia mi amo descansar de la bataola del lunes; de consiguiente, de los siete dias de la semana contaba de fijo con tres de ellos perdidos, si es que no venia entre los demas otra fiesta que no estaria en su mano desperdiciar: es lo mismo que decir, que el producto del trabajo de media semana se lo engullia la otra media. Calcúlese pues, sin pasion, el grave mal que de semejantes costumbres se sigue no solamente á las artes y ciencias, sino á toda la sociedad, cuyo edificio se sostiene con las virtudes y con el trabajo. Por el tiempo que se mal emplea, podrá graduarse el estado en que se halla una nacion. Sea tambien ese el barómetro de su moral.

Pero siempre me estoy metiendo en lo que

no me importa. Olvidábaseme advertir que aunque me llevó el zapatero á los toros, para el pago de su entrada, sobramos, no sé cómo, tres ó cuatro pesetas que milagrosamente volvimos á casa: en ella era curioso observar lo que pasaba, pues el matrimonio estaba muy avenido en hacer cada uno su amplia voluntad, como buenos é independientes amigos: los dos disfrutaban libremente de su genio con toda paz y alegria. Como mediaba poco tiempo desde mi salida de la tienda del sastre, pude hacerme cargo de los puntos de analogia que guardan entre sí estos dos artesanos. Los zapateros son despiertos, zumbones y listos. Tienen por lo ordinario facha menos innoble que los sastres; llevan las pantorrillas detrás; y creidos de que siempre los sujeta el tirapié, pugnan con pasos altos, menudos y prontos por romper esa traba imaginaria. Unos y otros mienten tanto como hablan, compitiendo con los demas artesanos en lo de santificar las fiestas.

Efectivamente, el primer dia de estos que ocurrió, fué el zapatero á dejarme en un café. El tal café se reducia á un espacioso salon lleno de gentes, pero al parecer mal educadas, pues unos volvian las espaldas, otros se mantenian embozados y con los sombreros puestos, y ni se saludaban ni se decian *á Dios*, ni tenian reparo en seguir sus conversaciones. En el mismo momento de entrar percibí, aunque confusamente por efecto del murmullo, que se hablaba de po-

lítica, de teatro, de pretensiones y de frivolidades. Esta confusion, el humo y aquel chirriadero contínuo de puertas en consonancia con el ruido que los entrantes y salientes hacian con los pies y con los bastones, ya tarareando, ya despedazando un ária ó cosa semejante, hacian ingratisima la estancia, tan concurrida sin embargo. Antes que mi amo pudiera tomar asiento, padeció la mortificacion de tener que pasearse, atisbando á todos lados para apoderarse prontamente de la primera silla que vacára. Con este fin, ya recibiendo, ya regalando crudos pisotones y codazos, y haciendo mil zetas entre la turba, fuimos recorriendo poco á poco el salon. En la 1.ª mesa vi una pareja que me pareció no ser de marido y muger, pues se hablaban con mucho cariño: allá os avengais, dige para mí. En la 2.ª habia tres, á mi parecer barberos, con traza de vagos, que sin hacer gasto alguno estaban pasando el rato; todos en posturas que no recomendaba mucho la urbanidad. A tal especie de parroquianos los miran con muy mal ojo los amos y los sirvientes de aquellas casas. Por mas que estos se aprocsimaban de cuando en cuando á pretesto de pasar un paño por la mesa, no se daban por entendidos; nada les pedia el estómago. En la 3.ª ventilaban magistralmente puntos de alta política otros tres sugetos muy estirados. Cualquiera hubiese creido que eran unos ministros de estado, ó que cuando menos estaban iniciados en sus misterios; no siendo en rigor sino unos pobres

majaderos que ni geografía sabian, á juzgarlo por las barbaridades que ensartaban. En la 4.ª se entretenian ávidamente dos pretendientes en darse cuenta del estado en que se hallaban sus negocios, esplorándose mutuamente en cuanto á los medios, maneras y pasos mas oportunos para atrapar pronto el empleo. Por lo que deduje, estaban los pobres hartos de pretension y apurados de cuartos, pues en lugar de otra cosa mejor, que de buena gana habrian tomado, se atracaban de agua clara, obligando á sus paladares á imaginársela sorbete. En la 5.ª esperaban sin duda hacer algun conocimiento útil dos intrépidas rabonas: me lo malicié por las miradas de aquellas elegantas; por su apoyar de pies en los cruceros de otras sillas para mostrar sus robustas piernas, mas de lo que permitia la modestia; por sus risas y por todo su provocativo continente. El bueno del zapatero, escarmentado acaso de tal canalla, pasó de largo; no asi dos ó tres calaveras atolondrados que venian detras de él, los cuales con la mayor marcialidad entablaron conversacion con las sirenas: y aun cuando segun el modo de saludarse no se conocian, al instante se familiarizaron hasta tutearse, y.... Sentí no ver en qué paraba aquello; si bien demasiado me lo presumo. En la 6.ª habia otros dos ociosos que leian la Gaceta y el Diario; pero con tal cachaza, que impacientaban á otros muchos que aguardaban con ansia el turno para ocuparse en algo. De la 7.ª se habian apoderado unos

oficialitos que tajaban y cortaban sin medida sobre asuntos del servicio militar y tambien de muchachas, mirando con desden y con descarada presuncion á todos lados. Reparé que tampoco tomaban cosa alguna. En la 8.ª me llamó la atencion un hombre misterioso que yo gradué desde luego de espión, porque escuchaba y dirigia muy atentamente la vista y todos sus sentidos ácia donde sonaba alguna voz sobre asuntos públicos. De la 9.ª disponia anchamente una jóven bien puesta, con su criada; ambas se desojaban mirando á la puerta, como si aguardasen á alguien qne las hubiera citado para aquel sitio. La tal ninfa empezaria aun su carrera; porque las ya esperimentadas, no son tan confiadas de ofertas como de hechos: con los chascos, á los cuales llaman ellas *micos*, se hacen muy avisadas. En la 10.ª habia toda una familia, por lo visto forastera y recien venida á la córte. Lo colegí porque no sabian cómo ni qué pedir; no entendian los nombres de los artículos que se sirven en un café; y aun menos, como tomarlos. Asombrados de aquel laberinto se vian atados todos ellos, profiriendo sandeces y mirando los mas tímidos á las mesas inmediatas para hacerse cargo de cómo otros salian de aquel apuro. Al papá de esta familia bien lo aleccionó el mozo; no le quedaron ganas de volver. Los sirvientes de los cafés son unos linces; saben su obligacion. Seguia en la mesa 11.ª un hombrón de la corte muy repanchigado. Cuantos pasaban junto á él

querian tentarle conversacion y le aparentaban afecto: estaba alli de incógnito, pero demasiado se le conocia. Algunos que le miraban de mas lejos se lo querian tragar con la vista: abrigarian sin duda algun resentimiento contra él; mas en llegando cerca de su mesa, todo era risa, humillacion y miedo. Cuanto mas encumbrado y adulado se halla un cortesano, mas enemigos tiene: goce en buen hora de su dicha; pero cuente con que es aborrecido de muchos. En la 12.ª habia partida de algedréz entre dos desocupados: estos por fin menos daño causaban que otros cuatro jóvenes dueños por asalto de la mesa 13.ª los cuales se recordaban bulliciosamente los lances de su tertulia y las aventuras de la noche anterior. En la mesa 14.ª habia otra reunion discutiendo puntos insignificantes de modas, al compas de las copas. En la 15.ª estaban dos eclesiásticos, segun sus trazas, apurando y desmenuzando las rentas de ciertas canongias á que aspiraban. En la 16.ª un portero de secretaria se dejaba obsequiar á lo grande por un pobre abogado que le pedia su omnipotente mediacion para el buen despacho de la solicitud que tenia pendiente, ofreciéndole, si lo sacaba airoso, un buen regalo. Yo creo que le hubiera hecho mejor cara si este hubiese sido de presente, porque demasiado sabia el portero que nada podia hacer en el asunto á pesar de la importancia que se daba. Todos ellos son asi; es necesario darlos á conocer, para que no se dejen estafar algu-

nos infelices pretendientes, ni se desacredite á otra clase elevada, en la cual, si hay empleados que abusan de su posicion, tambien los hay muy íntegros é intachables.

¿Y quien podia ni aun compendiar tantas conversaciones mas ó menos insustanciales como se agitaban en el café?

Ya por fin se sentó mi amo: pidió, bebió, y mientras echaba su acostumbrado cigarro, continué haciendo mis observaciones. Llamóme la atencion un grupo de caballeros que á juzgar por sus ademanes, parecia que reñian. Si entonces hubiera tenido yo la esperiencia que he adquirido despues sobre los motines de café, hubiera temido que aquello era el principio del desarrollo de algun germen revolucionario. Pero bien enterada, me aquieté conociendo que aquella figurada contienda llevaba distinto objeto. Se habian juntado á beber tres que se llamaban amigos, los cuales queriendo echarla mutuamente de generosos, solicitaban á porfia el honor de convidar á los otros. Todos á un mismo tiempo querian pagar al mozo; cada uno le mandaba que recibiese solo su dinero; mas los tres representaban á la vez una farsa, pues ninguno deseaba sino quedar bien y salir del paso á costa del amigo. Asi son los hombres; todo ficcion, todo cumplimiento.

Tambien entró con mucho ruido un sugeto seguido de otros cuatro que parecian mas juiciosos. Aquel traia pintada la alegria en su sem-

blante: estos la tristeza. No tardé en echar de ver que el primero era un empleado nuevo que en aquel dia soltaba la cadena que habia arrastrado en el penoso martirio de sus pretensiones. Los demás habian sido sus compañeros de antesalas y de audiencias, y dos de ellos rivales suyos en la misma gestion. Llevábalos al café á celebrar el triunfo. El agraciado, dándose una importancia algo maligna y tomando cierta actitud que denotaba superioridad, ofrecia proteccion á sus amigos desde la alta esfera en que ya se contemplaba. ¡Qué vano, qué fatuo es el hombre en todas las situaciones de su vida!

Del bolsillo del zapatero pasé al del dueño del café y de este al de un practicante del hospital general. Mi amo estaba destinado á una sala de mugeres, todas agoviadas de un mal tan vergonzoso como por desgracia muy comun. Yo recetára á la juventud de ambos secsos que fuera á dar una vuelta por entre aquellos lechos del vicio y de la hediondéz, para curarse en salud de una aficion inconsiderada, ó cuando menos para conocer el peligro á que tan irreflecsivamente se abandonan. Las unas sucumbian al agudo dolor de sus padecimientos; las otras ansiaban salir del hospital para volver al cieno y al desenfreno de que las habia apartado cierta mano benéfica, ó una providencia justa de la autoridad. Estas mugeres minan y corrompen á los hombres, causando incalculables daños á la sociedad; no escarmientan nunca; cuentan cortísimos años de

ecsistencia; viven sin relaciones de familia, y mueren en fin mísera y desastrosamente.

Del practicante pasé á un..... Pero ¡qué es eso! Vosotras (dirigiéndose la peseta á las medallas parlantes) me dais á entender con ciertos gestos y movimientos que, ú os falta la paciencia para acabar de oir mi historia, ó que necesitais de mi silencio. Teneis razon: las aventuras de una miserable peseta poco valen comparadas con los grandes acontecimientos políticos que habeis presenciado y vais á publicar.

Reasumida, pues, mi peregrinante vida en esos ciento diez y siete años, concluiré diciendo: que por sola mi mediacion se celebraron cuatrocientas sesenta misas, tres mil ajustes amorosos, cuatrocientas borracheras con camorra, ciento sin ella, cuatro mil partidas de juego por especulacion y doscientas por honesto recreo: que asistí á una docena de acciones de guerra, en que conocí la diferencia del valor que se ostenta en la paz, al que generalmente queda para delante del enemigo: que fuí robada mil veces, de cuyos hechos fueron descubiertos unos trescientos cincuenta y castigados solamente veinte y cinco con mas ó menos rigor: que tambien fuí objeto de cien estafas y de trescientas venalidades y connivencias, y que por último me hallé en mas de seiscientas bodas y bautizos, y en ciento veinte rifas; habiendo tenido siempre un curso agitado, variado y borrascoso en esta GRAN MORADA *de victimas y opresores*, donde solo se

ven pujantes *el egoismo, la fuerza bruta, la hipocresía, la mala fé, el amor propio y el vicio.*

FIN.

Este opúsculo se vende á seis reales en Madrid en las librerías de Sanchez, calle de la Concepcion Gerónima, esquina á la de Atocha; de Perez, calle de Carretas, frente al buzón del Correo; de la viuda de Cruz, frente á las Covachuelas; en la librería Europea, calle de la Montera, núm.° 12; y á siete reales en las corresponsales que tiene esta última en todas las capitales de provincia.

Nota de las demas obras originales que del mismo Autor seguirán publicándose.

Las Medallas Parlantes ó Lecciones prácticas del Mundo Politico, arregladas por sesiones, de las cuales saldrán á luz en volúmen separado sin interrumpir la série, las 10.ª, 11.ª y 12.ª por los hechos contemporáneos é interesantes que contienen.

La Galería Imperial ó Biografía de los treinta y ocho últimos Mariscales de Francia.

Las Antigüedades Estremeñas, con los itinerarios romanos y otras particularidades que dieron celebridad á este hermoso pais.

El Olimpo, en que se descifra la Mitologia dejándola en armonía con el Cristianismo.

El Pirineo ó descripcion física y sentimental de esa cordillera por ambas vertientes.

SOCIEDAD DE SOCORROS MÚTUOS
DE
OBREROS
DE
SORIA
BIBLIOTECA

D-1
1943